

M. H. GARCIA

2184

30 010

ALMANAQUE

25 MAR. 1991

DEL

Madrid

Comico

FARA

1898

2 REALES



J/15



Madrid Cómico

DIRECTOR: LUÍS RUIZ DE VELASCO.

ANTES DE EMPEZAR



Sinesio Delgado



Ramón Cilla

Aconsejan la rectitud y la cortesía, imponen la rectitud y cortesía, como gratísimo deber, saludar afectuosamente, antes de tomar posesión de la casa, a quienes largos años la habitaron y sino la sacaron de cimientos, supieron, para honra propia y beneficio de las letras, conservarlas, agrandarla, embellecerla, transformándola de mezquina vivienda en decoroso asilo de la literatura patria.

Durante quince años consecutivos, Delgado y Cilla, fueron los mantenedores constantes del Madrid Cómico que merced a sus esfuerzos y talentos ha logrado ocupar desde sus comienzos y conservar durante su ya larga vida honroso puesto entre las publicaciones similares, sirviendo los intereses del arte, los severos preceptos del buen gusto, que no están reñidos con la alegría y buen humor.

Sinesio Delgado es un literato de refinado gusto, un crítico de recto y ponderado juicio, un humorista fino é intencionado, un poeta fácil, inspirado y correcto, un autor dramático excelente, un prosista castizo sin afectación de clasicismos y también un hombre honrado y un buen patriota.

Y no son estos elogios de epitafio, dictados según rúbrica; que de tener espacio, fácil me fuera fundamentar las apreciaciones estudiando su labor diaria de crítica en el periódico, corrigiendo a los principiantes, desengañando a los incapaces, dando a conocer a ingenios ignorados, haciendo más por las letras en su modesta esfera que los críticos de real orden; de humorista y poeta en su labor diaria da gallarda muestra: sus obras dramáticas son celebradas con encomio por los críticos de fino paladar literario; de su hombría de bien hablan muy alto la estimación en que le tienen cuantos le tratan y el crédito de que este periódico goza; de

su patriotismo, la hermosa campaña que, burla burlando, viene sosteniendo de dos ó tres años á esta parte, y en la cual los hechos han venido constantemente dándole la razón, contra la palabrería de cierta prensa y la ceguera de los borregos de Lanurgo.

Como director del Madrid Cómico tuvo siempre abiertas sus columnas al talento, y con perspicaz juicio supo adivinar condiciones serias de escritor en muchos jóvenes que después conquistaron envidiables puestos en el teatro, en la novela, en la lírica. Jamás puso el periódico en servicio del poderoso, y lo que es más difícil y meritorio, jamás aduló la opinión pública; por el contrario la combatió de frente defendiendo la verdad, la justicia y el buen gusto ultrajados.

Por ser más modesta, no es digna del menor encomio la labor de Cilla que, sin cansancio ni monotonía, fué copiando á diario la sociedad española, sin imitar á propios ni extraños, creándose una manera personal, cosa merecedora de aplauso en estos tiempos de copias y adaptaciones.

Tan identificados están Delgado y Cilla con Madrid Cómico que fuera aventurado continuar su publicación si ellos lo abandonasen; afortunadamente para sus lectores, si dejan la propiedad de la casa, continúan visitándola, y no en visita de ceremonia y cumplido, sino con diaria asiduidad, como amigos de confianza; es decir, que ambos nos favorecerán con su colaboración constante.

Con su ayuda pues, y con la de todos los antiguos colaboradores de Madrid Cómico, comenzaremos esta nueva campaña con mejores deseos que méritos, sin la pretensión, que en nosotros fuera ridícula, de mejorar lo que ellos hicieron. Con no desmerecer nos contentamos.

LUIS RUIZ DE VELASCO.



REFLEXIONES SUELTAS

Los años son cifras hechas en el aire con los dedos.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

El año 1897 acaba de darnos su último y cariñoso adiós. Con la imperturbable serenidad con que vemos caer las marchitas hojas de los árboles durante el otoño, contemplamos también la sucesión nunca interrumpida de los años, que por lo regular solo nos dejan en herencia una serie de recuerdos bien tristes.

Un año no es otra cosa que el conjunto de 365 días que los mortales empleamos en caminar hacia la tumba.

Y ¡cosa extraña! Cuanto más nos aproximamos, más deseamos avanzar.

El presente nos cansa, el porvenir nos seduce, la idea de lo desconocido nos encanta. Por eso corremos, por eso avanzamos sin tregua ni reposo, arrastrados por una fuerza misteriosa é irresistible que no nos abandona hasta que nos vuelve á nuestro primitivo estado.

La peregrinación que hacemos en esta vida es un viaje cómodo y que tiene mucho de agradable y de divertido para los que, completamente satisfechos, recorren el camino en el ferrocarril de sus ilusiones, de sus esperanzas, de sus deseos: pero tiene también bastante de penoso para los que, carciendo hasta de lo más indispensable, se ven en la dura necesidad de viajar á pie.

Ninguno de estos, sin embargo, se regocija al llegar al término de la jornada: todos preferirían seguir viajando. Y esto me recuerda que hay ocasiones en la vida en que hallamos consuelo hasta en la pena que nos consume y en el dolor que nos martiriza, lo cual no he podido explicarme hasta ahora, ni comprender tampoco la razón en que se apoya semejante verdad, aunque no por eso deja de serlo.

Pero volvamos á la humanidad y á sus viajes.

Sucede muy á menudo que los viajeros de que vamos hablando, tienen que cambiar de coche á la mitad del camino. Es decir, los que van en primera clase, se ven obligados á pasar á los de segunda ó tercera, y vice-versa. Sucede también, y no es lo menos frecuente, que los que

empezaron caminando á pie, concluyen el viaje con toda comodidad, llegando algunos hasta el punto de permitirse viajar por su cuenta.

El secreto de las anteriores líneas puede encontrarse en las veleidades y caprichos de la fortuna.

No faltan tampoco algunos que viajan con una rapidez tan extraordinaria, que cuando lo echan de ver ya no pueden detenerse, porque como marchan á gran velocidad, la máquina del tren que los conduce no suele pararse, aunque se exponga á un descarrilamiento.

El resultado, de todas maneras, es siempre el mismo: un viaje más ó menos largo y que siempre nos parece corto.

El año de 1897, que también los años viajan, ha llegado al fin de su peregrinación.

El 1898 es el encargado de reemplazarle. ¿Qué nos traerá el año 1898?

Es una pregunta á la cual no me atrevo á contestar, porque no tengo condiciones de adivino.

A imitación de aquel personaje de Morafín que hablaba en griego para mayor claridad, yo dejo la prosa y continúo en verso estas reflexiones sobre el año que se va y el que viene, con objeto de aburrir menos á los lectores de el MADRID CÓMICO.

La verdad tras la mentira,
tras el placer el dolor:
ayer Venus, hoy Saturno,
dos años, hembra y varón.

Como deja los negocios
la madre del ciego Amor
al Tiempo que le sucede,
nadie ignora y menos yo.

A mal francés traducido
el carácter español,
y borrado del semblante
de la vergüenza el color.

Dominando las enaguas
sobre el frac y el pantalón,
y la corte más cortada
que en ningún siglo se vió.

El crédito con pañales,
en moda la desunión,
comprometida la honra
en Cuba y en Nueva York.

La moral en las palabras,
el vicio en el corazón:
la hidalguía por los suelos,
y en litigio el pandonor.

Inteligencias vacías
y con luz como farol,
que brillan solo en las sombras
y sombras perpétuas son.

En agraz los matrimonios,
la conciencia en tornasol,
y en muda las opiniones
desentendiéndose otra opinión.

Así se ha encontrado á España
el Tiempo, así lo dejó
Venus la chiprina diosa,
á quien confunda Astaroth.

Más según reza un adagio,
más antiguo que el amor,
«para verdades el tiempo
y para justicia Dios»

Por eso el noventa y ocho
debe ser año de pró:
enderezador de entuertos,
de agravios desfacedor.

Dará contra muchos vicios
un decreto de expulsión,
y sin reparo en política
virtud buscará y honor.

Igualará los derechos
de la pluma y de la hoz,
del buril y de la espada
de la estameña y el gró

Acaso á algunos *mineros*
se les acabe el filón,
pues Saturno en tragaderas
parece conservador

Y quien de niño y miope
piedras por hijos tragó,
no hará mucho, el año nuevo,
convirtiendo en *comedor*.

Pero por si me equivooco
repetiré en alta voz:
«para verdades, el tiempo;
y para justicia, Dios»

El frío de Enero hújelo,
el hielo en Febrero evítalo,
el viento de Marzo arrópallo,
el rocío de Abril píllalo,
el olor de Mayo gózalo,
calor de Junio abantéalo,

bochorno de Julio riégalo,
incendio de Agosto trífalo,
papino en Septiembre déjalo,
pollo en Octubre emperdígallo,
el pavo en Noviembre ázalo,
y el cerdo en Diciembre fríelo.



E. de Santoni



Le mot de l'fin, como decimos la mayoría de los que no sabiendo el castellano, queremos darnos tono de conocer otros idiomas.

Para que tengan algo bueno estas reflexiones, ahí van estos consejos que hace un siglo daba á los españoles el poeta Torres y Villarroel:



CANTARES

En los infiernos de amor
son los demonios los celos,
las tinieblas son las dudas,
y las brasas los deseos.

Bulle un manantial de besos
en tu boca de escarlata,
déjame beber en él
aunque me abrasen sus aguas.

A la luz de una ilusión
he vivido mucho tiempo,
me la apagó el desengaño...
y ahora entre nieblas me muero

Pasó tiempo y no pasó
el amor que te tenía,

porque el amor de verdad,
sólo acaba con la vida.

Tengo un tesoro de amor
y no sé donde esconderlo;
¡son tan villanas las almas!
¡son tan villanos los pechos!

Solo una ventaja tienen
los desengaños de amor,
que ponen una coraza
de diamante al corazón.

Tiene en el centro mi escudo,
un corazón de rubí,
coronado por un lema
que dice: TODO POR TI.

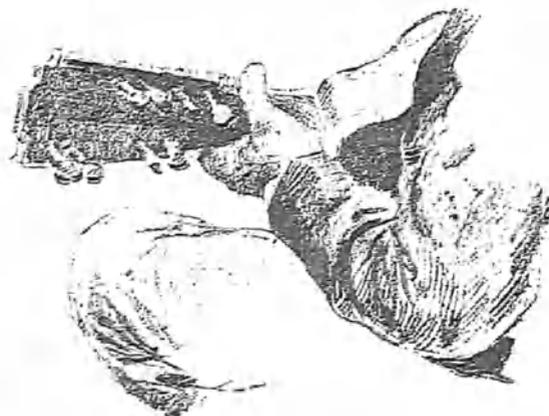
Los contratos del amor,
con un abrazo se firman,
un beso ardiente los sella,
y lágrimas los rubrican.

Entablé lucha contigo,
y saqué de la batalla.

acribillada á desdenes
la bandera de mi alma.

Cuando las penas me ahogan,
me pongo á escribir cantares,
á ver si en coplas vertidas,
victoria y se las lleva el aire.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.





EL ALMANAQUE DE PARED

Necesito confesarlo: me es profundamente antipático el almanaque de pared.

Reconozco su indiscutible utilidad, lo cómodo de su uso, para los negociantes sobre todo, para los que necesitan saber el día en que viven, el vencimiento de un plazo, la fecha necesaria en un documento; pero no me acostumbro á la forzosa contemplación de

aquellas cifras inmóviles, grandes y negras.

Parece como que el tiempo me mira desde allí para que no olvide ni un momento su marcha rápida, constante y fija.

A veces, no por olvido, sino para hacerme la ilusión de que el tiempo no corre tanto, dejo pasar días y semanas y meses enteros sin quitar las hojas; pero nunca falta una mano que las arranque, para volverme sin duda á la realidad de la vida.

Cuando comienza el año se cuelga en la pared el almanaque nuevo, un volumen de setecientas treinta páginas con su cubierta pintada al cromo, llena de figurillas juguetonas que ocultan las fechas... Debajo están los días que irán llegando: serenos y monótonos los unos, tristes ó agitados los otros. Allí está el año entero con las alegrías y los dolores que nos aguardan... ¡Quién sabe lo que hay allí debajo!

Según transcurre el tiempo, aquel tomo va reduciéndose, reduciéndose, hasta quedar como lo veo ahora: con unas cuantas hojas nada más. Las otras han desapareci-

do como los días que representaron; cada una vió la luz sólo veinticuatro horas.

Antes, cuando no habían inventado ese odioso almanaque, se usaba el calendario, un librito que no se desgarraba, que acaso no conservaría nadie; pero que, al fin y á la postre, quedaba entero, como recuerdo del año. El almanaque no era entonces, como es hoy, fugaz representación de la existencia.

Nunca se borrará de mi memoria un día tristísimo. Con los ojos todavía humedecidos por el llanto, en medio de mi muda desesperación, contemplaba yo la fecha que marcaba en sus cifras enormes el almanaque de pared.

Por no sé qué capricho del dolor quise arrancar aquella hoja para conservarla; pero al dorso, como todas ellas, tenía impreso un cuento, un epigrama, un chascarrillo, algo muy chistoso, que contrastaba horriblemente con lo funesto de la fecha, como el regocijo de los que ríen con la pena de los que lloran.

Allí estaban juntos, juntos como siempre en la vida, la risa y el llanto.

Rasgué la hoja y la tiré lejos de mí.

En fin, que el almanaque de pared será muy cómodo, muy útil, y aun filosófico hasta cierto punto; pero, la verdad, es muy antipático.

Miguel Ramos

Carmin





UN CRIMEN

Cuando Pepita dijo que se quería casar con Alfonso Redral, sus padres, D. Luis y D.^a Catalina, imaginaron que se trataba de uno de tantos caprichos pasajeros. En tres ó cuatro ocasiones y respecto de pretendientes distintos había dicho lo mismo, sin que costase gran trabajo quitárselo de la cabeza: pero, contra todo lo que esperaban, la niña mostró tal firmeza en su propósito, que los atribulados señores, después de pensarlo mucho y á modo de último recurso, llamaron en su auxilio á D. Mariano, que además de ser su médico y amigo íntimo, era padrino de la fogosa enamorada, rogándole que se encerrase con ella y le dijera todo lo que había que decirle, sin rodeos ni miramientos; la verdad desnuda, ya que no quedaba otro remedio que asustarla.

Pepita, sin ser un monstruo, estaba lastimosamente configurada: tenía las piernecillas mal ajustadas con el tronco y era tan estrecha de cañeras y todo su esqueleto por aquella parte tan mezquino y de tan desdichada estructura, que las consecuencias del matrimonio, y principalmente de la maternidad, constituían para su vida una terrible amenaza. Cien veces había dicho D. Mariano: «esta criatura se queda en el primer parto... si llega». De resultados de lo cual sus padres habían criado y educado á Paquita consintiéndole gustos y caprichos por costosos y extravagantes que fuesen, oponiéndose en cambio con todas sus fuerzas á que tuviese amores y pensara en contraer matrimonio. Tres noviazgos llevaban ya desbaratados: pero ahora la cosa venía con gran fuerza; el pretendiente, sabiendo que la muchacha había de ser muy rica, no cejaba en su empeño y ella estaba desconocida de puro apasionada y terca.

Don Mariano comprendió que solo á eso por el terror podría doblegarla, y con su triple autoridad de padrino, amigo y médico le dijo lisa y llanamente:

—Mira, monina; como tienes cerca de veinte años se te puede hablar claro... y además, según te pones, veo que no hay otro recurso. Tienes una constitución especial... muy particular... así, un poco rara... Ya sabes que á lo mejor sufres esos desarreglos... esas palpitaciones... como las que le dan á tu madre: hay que cuidarte mucho. Tus padres te dan todo lo que deseas... ¿con quién has de estar mejor? En fin, hijita, que no te debes casar: el matrimonio... andando el tiempo... tal vez; hoy por hoy sería muy peligroso.

—¿Por qué?

—Porque sí. Cuando te desarrolles más, cuando te robustezcas.

Pepita le miró sin pestañear y, con ese valor femenino que á nada se parece, repuso:

—En plata, que me juego la vida: ¿no es eso, padrino?

—Yo no afirmo tanto... pero pudiera suceder.

—Bueno: como si lo afirmara V. ¡Pues, aunque la pierda! Y lo dijo con tal resolución que D. Mariano quemó el último cartucho añadiendo:

—Vaya, contigo no caben atenuaciones. Para concluir: ¡si pareces te mueres!

—¡Tal día hizo un año! gritó ella con inquebrantable firmeza, volviéndole la espalda y dejándole solo en el gabinete.

Pocos momentos después D. Luis decía á D. Mariano:

—¡Pobres de nosotros! ¡Haber criado una hija para esto! En primer lugar, figúrate qué pena tan grande saber que casi seguramente la vamos á perder, que le cuesta la vida... y tener que consentir... porque sinó es capaz de cualquier disparate. Luego, tú sabes mejor que nadie cómo está su pobre madre...

—Eso es lo más triste—le interrumpió D. Mariano—porque te advierto que Catalina se nos puede quedar entre las manos el día menos pensado. A la primer emoción gorda tenemos una catástrofe. Yo no sé ya qué hacer con ella. Cuando las afecciones cardíacas adquieren este grado de desarrollo, el desenlace fatal lo mismo puede echarse encima por los progresos naturales de la enfermedad, que sobrevenir con ocasión de un susto, una impresión moral, en fin, no hay día seguro.

—Y, á todo esto, añade lo siguiente que no sabes: el tal Redral, el novio, es un estúpido, medio tonto, sin voluntad ni energía; y su madre, D.^a Aurora, que le tiene completamente dominado, una trapisondista, lagarta, amiga de negocios feos; una calamidad, una mujer de muchísimo cuidado. Y por cierto que todavía está guapa.

—Y dices que negocios feos...

—Capaz de cualquier cosa, como crea que le puede valer dinero. Conque ata cabos.

—Lo mismo va á ser casarse los chicos que caerse encima una fábrica de papel que tiene parada por falta de capital, unas minas que dice que se le han anegado... en fin, todas las explotaciones averiadas en que anda metida.

—Pero hombre, legalmente nadie te puede obligar...

No hubo manera de evitarlo.

A los dos meses de esta conversación Pepita, era la señora



de Radral y doña Aurora, la madre de ésta, además de disponer y mandar como una reina absoluta en la casa del nuevo matrimonio, visitaba con frecuencia á don Luis y doña Catalina.

Esta pobre señora, que continuaba muy enferma, se distraía sobremanera con la conversación alegre y regocijada de doña Aurora, sin que las malas cualidades le inspirasen desconfianza ó temor; primero, porque aquélla las ocultaba cuidadosamente; y, segundo, porque don Luis, en vez de poner sobre aviso á su esposa, le había callado los celos que experimentaba, deseoso de evitarle cavilaciones y quebraderos de cabeza.

Por fin, la intimidad que llegó á establecerse entre ambas, facilitó aquello que don Luis consideraba más ó menos próximo, pero inevitable.

Un día, doña Aurora le pidió con la mayor frescura un préstamo de quince á veinte mil duros para sacar á flote la fábrica de papel y él se negó redondamente diciéndole:

—Mis asuntos andan muy mal. Siento muchísimo verme privado de hacerle á V. ese favor... pero, V. lo sabe, hubiera querido dotar á la niña... y nada, por ahora, imposible. Gracias que consiga darles esos doscientos duros mensuales.

Doña Aurora, capaz de las mayores insolencias y que se gloriaba de manejar á las gentes por el temor, le dijo desca-

radamente: —A otro perro con ese hueso. Lo de la dote no lo ha hecho usted porque no le ha dado la gana, no por falta de dinero... Ya sé yo que en Madrid se come plata, que la infeliz Catalina está enferma hace mucho tiempo, que la vida es la vida... y que V. es hombre; pero, vamos, amiguito, que con lo que cuesta á V. la señora de la calle de Mendizábal... ya podría usted haber dotado á la niña.

Don Luis se quedó atónito: el descaro era inaguantable; pero aquella mujer no mentía.

Catalina estaba enferma hacía seis años y él aunque sin escándalo, como dicen los casuistas, sostenía relaciones íntimas con una viuda, de la cual al principio se prendó solo por la hermosura y á quien luego insensiblemente fué cobrando afecto por descubrir en ella buena índole y dulzura de condición: ni siquiera pecaba de codiciosa ó interesada, contentándose con lo que él buenamente quería darle, sin tener caprichos ruinosos ni exigirle nunca grandes gastos, aún sabiendo que su amante era rico y generoso.

Si esta mujer hubiese vivido de sus propios recursos, á nadie se le ocurriera acusarla de gastadora y manirotas, pero como quien le daba el dinero no era su legítimo esposo, los que alardeaban de buenas costumbres y severidad de principios, se llenaban la boca de decir que la viuda era un pozo sin fondo, don Luis un desdichado incauto y el tal amorío un verdadero escándalo.

—Si señor, si señor,—repetía doña Aurora viendo á don Luis mudo ante tal descaro.—Con lo que gasta V. teniendo dos casas había para dotar á tres hijas.

Se puso rojo de ira, no quiso rebajarse mintiendo ni dar explicaciones de su vida privada á la deslenguadísima señora, y levantándose con fingida calma, se salió de la habitación diciendo:

—Ni V. ni nadie tiene derecho para hablar de lo que no le importa.

Luego meditó mucho acerca del partido que le convenía seguir, temeroso de que doña Aurora con la misma desfachatez con que se lo había dicho á él, lo repitiera ante su hija ó, lo que sería peor, ante la pobre Catalina... Y esto último era preciso evitarlo á todo trance. ¿Cómo? No había sino dos caminos diametralmente opuestos. Uno, procurar el silencio de doña Aurora, es decir, comprarlo: otro, prohibir que volviese á poner los pies en la casa: mas el primero podría ser, sería ciertamente, procedimiento carísimo; y para justificar el segundo ¿qué diría á su esposa y á su hija?

Por fin, tras pensar y recapacitar mucho, el miedo se le fué calmando, acabó por creer neciamente que doña Aurora no se atrevería á hacer nada, y quedaron así las cosas.

Entre tanto fué pasando tiempo, hasta que un día corrió por la casa la noticia de que Pepita estaba embarazada, y como todos tenían por seguro que aquello significaba su próximo fin, se procuró que su madre lo ignorase; pero trascurridos unos cuantos meses fué imposible la ocultación. Una mañana entró Pepita en la alcoba de doña Catalina y ésta con solo verla quedó enterada. Realmente, era preciso ser ciego para no darse cuenta de ello, porque la niña hacía alarde de su preñez, estaba orgullosa de que todo el mundo supiese que se había jugado la vida, y veía acercarse con espantable serenidad el día del alumbramiento.

Llegó por fin el temido trance y allí quedaron las profecías de don Mariano desmentidas y la ciencia poco menos que desacreditada, porque apesar de todo aquello de la defecuosidad de la pelvis Pepita dió á luz con toda felicidad un varón admirablemente formado. Don Mariano casi no habló

LA CAZA DE MARIDOS

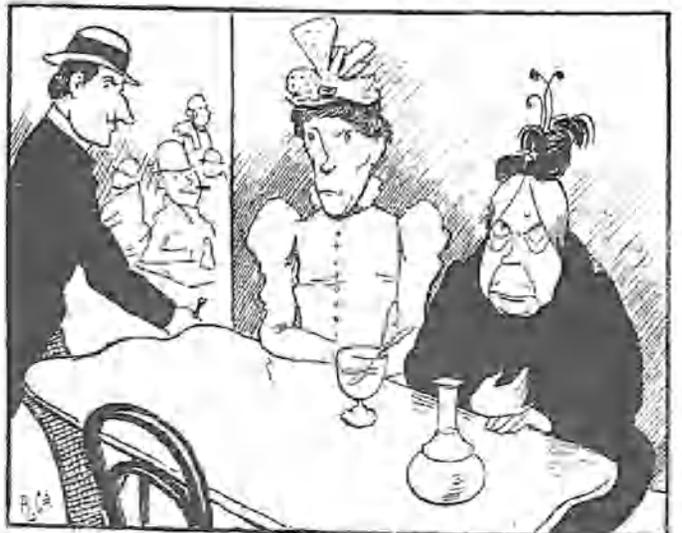
POB NAUDARÓ



Con lazo



Con limón



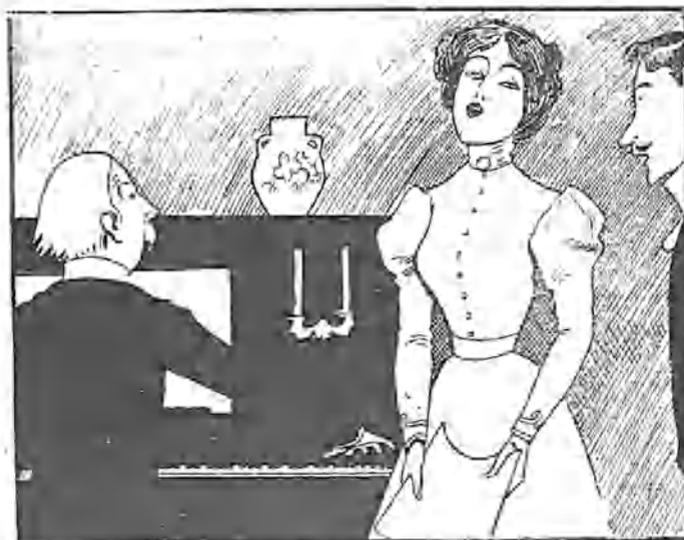
À la esposa

LA CAZA DE MARIDOS

POR XAUDARÓ



Con trampa



Con reclamo



Con liga

en ocho días y en la casa fué grandísima la satisfacción. Sólo para la infeliz Catalina tuvo malas consecuencias, pues en los días que precedieron al parto de su hija sufrió tan dolorosas alternativas de temor y esperanza que su padecimiento cardíaco se agravó mucho. Respecto de éste, el que podía don Mariano profetizar con seguridad de acierto.

—¿Tan delicada cree usted que está?—le preguntaba una tarde doña Aurora.

—Cuidándola mucho y, sobre todo, evitándole emociones fuertes, irá tirando; pero unos cuantos días que deje de estar sometida al régimen debido ó el menor disgusto bastan para matarla.

El bautizo se celebró con gran pompa. Catalina, pasajeramente aliviada, hizo que la levantasen de la cama y la acomodaran en un sofá de siesta, reclinada en el cual recibió á sus amigas sin soltar al recién cristianado del regazo.

Doña Aurora anduvo de un lado para otro amabilísima y sonriente, obsequiando á las gentes como si fuese la verdadera señora de la casa, mientras don Luis la miraba ir, venir, dar órdenes y cuidar detalles como persona satisfechísima del papel que desempeña y á quien no puede ocurrírsele la idea de exponerse á perderlo por imprudencia ó torpeza.

Al cruzar un gabinete solitario se encontraron cara á cara. Entonces doña Aurora le cogió por un brazo y empujándole suavemente hácia el sofá le dijo:

—Siéntese usted aquí un momento: vamos á llorar juntos esto de habernos hecho abuelitos.

Don Luis se sentó mirándola entre sorprendido y receloso.

Estaba, aunque llamativamente, vestida con cierta elegancia: el talle casi esbelto, el cuerpo aunque algo grueso no mal formado, y el voluminoso pecho sabiamente distribuido tras la enérgica armadura del corsé; el pelo teñido de rubio rojo, y el rostro pintado con discreta sobriedad. Merced á este trabajo de conservación y restauración, y gracias á la media luz que había en el gabinete, parecía guspa. A don Luis no podía sin embargo gustarle: su alma estaba ya ocupada por dos afectos compatibles: primero la dulce y respetuosa piedad que profesaba á su Catalina, y segundo aquella otra pasión menos pura que sentía por la hermosa viuda: apesar de todo lo cual, sometido voluntariamente á una de esas aberraciones que los hombres suelen pagar tan caras, en aquella ocasión doña Aurora le causó cierto desasosiego insano y turbador, impresión parecida á la que debe de experimentar el codicioso junto al dinero y el glotón ante los manjares: impulso de animalidad que oscurece pasajeramente la inteligencia.

—Si señor, abuelos... y eso que aún servimos para padres.

Don Luis, sin darse cuenta de lo que hacía, repuso:

—Ya estoy viejo, pero V. parece una muchacha.

—Viejo ¿eh? Mire V. por esas habitaciones y verá qué jovencitos tan enclenques se usan ahora; si eso debe de quedarle á una entre las manos.

—¡Siempre tan graciosa!—y como si una voz secreta le anunciase que estaba á punto de cometer una imperdonable insensatez, hizo un movimiento para levantarse.

Mas ella, poniéndole la mano sobre la rodilla, le detuvo.

—No se me escurra V., que vamos á hablar con formalidad. ¿No es una mala vergüenza que, siendo de la familia y sobrándole á V. el dinero, no quiera V. ayudarme á echar á andar esa fábrica de papel? Y aunque no me ayude V. ¿qué motivo hay para que ande V. huyendo de mí? ¿Cree V. que si yo me echase por ahí á pedir lo que necesito no habría alguien que se diese con un canto en los pechos?

Se le acercó cuanto pudo, mirándole suplicante y dulzona, dando á sus ojos tal expresión de lánguida vehemencia que don Luis quedó maravillado, sospechando si la pasada petición de dinero pudo haber sido, aunque mal calculado, un recurso para disfrazar otro propósito.

Instintivamente comprendió que el menor desliz que cometiese con aquella mujer, la más ligera confianza que entre ambos se estableciese, había de ser para él en extremo peligrosa. Pero de sus intenciones no había lugar á duda, Aurora seguía mirándole como las princesas de los cuentos de hadas miran á los donceles para sorberles el seso y fascinarlos: sino que en vez de princesa parecía, aunque bien conservada, reina madre de muchísimo respeto; de modo que la fascinación dejaba espacio á la prudencia. Mas simultáneamente con esta prudencia, y en perjuicio de ella, don Luis experimentó cierta emoción indefinible formada del miedo al ridículo en que parece caer todo hombre que resiste al halago femenino, y de la tentación pasajera pero indudable que causa toda mujer cuando no es tan fea que ponga espanto. De suerte que aquella situación, grave y preñada de peligros, parecía cosa de risa. Tenía miedo á caer en la red, le mortificaba la idea de pasar por tonto, y al mismo tiempo los encantos que se le ofrecían comenzaban á no parecerle despreciables: todo lo cual determinó en él una incertidum-

bre medrosa, una vacilación que Aurora interpretó como señal de flojedad y proximidad de rendimiento.

Entonces, imaginando que podía arriesgar el todo por el todo, le cogió una mano atrayéndole hácia sí hasta echarle la respiración en el oído, á modo de hechizo, para acabar de trastornarle, y pegándose á él para que al través de la seda sintiera el calor de su cuerpo, le dijo muy bajito:

—Aquí están trocados los papeles: usted tan frío y yo hecha una cualquier cosa.

Don Luis se estremeció de piés á cabeza.

Ella, ansiosa de ganar terreno, pecó de exagerada, y llevando equivocadamente la farsa más allá de lo que le convenía, dijo con acento apasionado:

—Lo que menos me importa es... eso que le he pedido á V... de lo de la fábrica no haga V. caso... pero, por Dios... Luis... no vuelva V. á ver á esa mujer.

—¿Qué mujer?

—La viuda, la de la calle de Mendizábal. ¡Si supiera V. el odio que la tengo!

Dijo esta frase con expresión tan falsa y teatral, con voz tan quebrada y lacrimosa que él recobrando la serenidad perdida se echó á reír de tal modo, que fué un verdadero insulto: y levantándose del sofá se salió lentamente del gabinete sin dirigirle la palabra, mientras ella humillada, blanca de pura rabia, se quedó sentada, arreglándose con los dedos el peinado y murmurando entre dientes:

—«¡Lo has de llorar!»

Luego anduvo de corro en corro charlando con parientes y conocidos, bromeando porque la habían hecho abuela, y después desapareció de la sala.

Al cabo de un par de horas don Luis antes de salir á la calle entró, como tenía por costumbre, al cuarto de su mujer.

Catalina estaba acostándose y doña Aurora ayudándole: se había empeñado en hacer de doncella y con exquisito mimo iba quitándole prendas de ropa y poniéndolas sobre una butaca.

Catalina, pálida y temblorosa, apenas podía tenerse en pie: lívida, desencajadas las facciones, clavó en don Luis los ojos con una expresión de amargura que partía el alma. El adivinando lo que había pasado, lanzó á doña Aurora una mirada terrible, al mismo tiempo que interrogaba:

—¿Hace mucho rato que esta señora está contigo?

Doña Aurora salió sin chistar, acobardada aunque con

tenta, y entonces Catalina dijo á su esposo con admirable mansedumbre:

—¡Tienes razón! Es una maldad muy grande... hubiera preferido morir me sin saberlo.

Y de los ojos, hilo á hilo, le caían las lágrimas, amarga y calladamente, sin que de sus labios saliera un reproche ni una queja.

Al amanecer se apoderó de ella una gran excitación nerviosa, después una fiebre altísima, y á las cuarenta y ocho horas de haberlo sabido inclinó la cabeza sobre el pecho para no levantarla más.

Terminado el novenario, el yerno de D. Luis exigió á éste que se abriese el juicio de testamentaria y que en el plazo legal le fuera entregada la hijuela de su esposa. Fué preciso ceder y, merced á la debilidad y apocamiento de su hijo, entró D.^a Aurora á manejar y disfrutar los bienes que por muerte de Catalina correspondieron á Pepita. Hizose la entrega de valores del Estado y títulos de propiedad mediante carta de pago: D. Luis no quiso ir á casa del escribano, pero D.^a Aurora examinó los documentos uno por uno, y al doblar el último, dijo tranquilamente:

—Ya no tenemos nada que ver con esa familia. No quiero trato con un hombre que, por andar con queridas, ha sido causa de la muerte de su mujer.



Jacinto Octavio Picón.

LA ADULACIÓN

De un dolor en un brazo se quejaba en palacio una noche el Soberano, y el médico que vió que se trataba de una simple neuralgia del *mediano*, le hizo tomar una poción calmante y se quedó el Monarca tan campante.

—¿Qué ha tenido el Señor?—con gran misterio preguntó al Doctor el Intendente (tercio)

—«Pues hombre, nada serio.

Ya está perfectamente.

Una leve neuralgia, por el frío, en el nervio *mediano*.»

—«¡Señor mío!

¿*Mediano* le llamas?»

—«No os asombra.

Así le llamo, porque así es su nombre.»

—«Sea su nombre ó nó, yo no me meto,

Pero esa es una falta de respeto.

Tratándose de un Rey, por cortesía, no debéis emplear ese vocablo.»

—«¿No lo debo emplear? ¡Qué tontería!

Respeto al Rey; pero también ¡qué diablo! se debe respetar la Anatomía.»

Y el médico salió de la Intendencia riendo tan estúpida ocurrencia.

— Cuando al día siguiente fué á saludar al Rey el Intendente,

le dijo:— Ya he sabido

lo que anoche, Señor, habeis sufrido;

pero gracias al Dios Omnipotente

vuestra hermosa salud no ha padecido.

—Hoy, por fortuna, estoy perfectamente.

Pero, hijo, anoche al retirarme al lecho

me acometió un dolor desesperante

en el brazo derecho.

Vino el doctor, me recetó al instante,

y de su ciencia estoy muy satisfecho,

pues gracias á aquel mágico calmante

lo mismo que un lirón

dormí toda la noche de un tirón.

No sé cual habrá sido

la causa del dolor...

—Yo la he sabido.

Asegura el doctor, sabio eminente,

que sin duda ninguna el frío insano

produjo una neuralgia de repente

en un nervio que llega hasta la mano,

que en todos los mortales es *mediano*

y en Vuestra Majestad es *excelente*.

Vilad Arca

AÑO NUEVO

Bien vengas, noventa y ocho:
contigo quiero vivir.
pero prefiero morir
á volverme viejo chocho.
Ya que no me puedes dar
un aumento á mi talento
y otro poquito de aumento
á mi fuerza muscular,
líbrame de desengaños,
para que la gente amiga,
cuando me vea me diga:
«¡Por usted no pasan años!»
Luz que las niñas se arroben

ante mi gracia y despejo,
y aunque yo sea viejo
á ellas les parezca joven.
Me dijo una el otro día
que era viejo, y lo sentí,
porque la verdad, creí
que no se me conocía.
Pero tú serás fecundo
en bienes, y no querrás
que yo no disfrute más
de los goces de este mundo.
Dáme bríos, dáme alientos;
dáme que trianfe y que juegue.

Déjame, por Dios, que llegue
al año mil novecientos!



R. de la Vega



“LOS CACHARROS”

CACHARRERÍA lírica en una TIENDA y ocho ESTANTES; en verso de X; música de Z.

TIENDA ÚNICA

Estante 1.º—Telón corto figurando los espacios interplanetarios (entre *alfa* de Pegazo y *delta* de Casiopea, sobre poco más ó menos).

ESCENA PRIMERA

(Hablado; melopea en la orquesta)

COMERCIANTE Estoy desesperado.
¿Cómo ganaré guita?

(Sale la Arcilla plástica por escotillón).

ARCILLA. Abriendo por tu cuenta
una cacharrería.
COMERC. Me faltan elementos.
ARCILLA. Aquí estoy yo; la Arcilla:
de todos los cacharros
soy la materia prima.
Ven, que voy á mostrarte
la gran cacharrería.

(Mutación).—*Estante 2.º*—(Plaza ideal; en el fondo una cacharrería cerrada).

La Arcilla plástica y el Comerciante.
(Hablado).

ARCILLA. Aquí tienes la tienda
con el letrero encima (1).
COMERC. Veré si me conviene.
ARCILLA. Pasemos pues revista.

Estante 3.º—(Golpe de campana china; se abre la cacharrería y sale un matrimonio cursi con botijos de barro).

ARCILLA. Ahora sale el botijo;
aparta, escucha y mira. (Se separan).

(Música).

MATRIMONIO.

Nunca dejamos los botijos
para viajar en tiempo de calor
y si el botijo no llevamos
nos asfixiamos,
Jesús qué horror.
Bajo del tren
en la estación,
lleno el botijo,

(1) De la puerta.

vuelvo al wagón
y luego en marcha
si tengo sed
alzo el botijito...
cle, cle, cle, cle. (Beben).
(Vánse bailando).

(Hablado).

COMERC. Estos botijos sinceros (!)
me han llegado al corazón.

ARCILLA. Pues... contempla los pucheros
que se hacen en Alcorcón.

Estante 4.º—(Como antes; de la cacharrería salen
cuatro señoritas del coro, con un puchero cada
una).

Música.

PUCHEROS. Para la lumbré nos compra la gente,
para la lumbré y nada más,
junto á las ascenas respandecientes
siempre calientes
nos hallarás,
triqui trás, triqui trás...

(Se mueven, algo decorosamente).

PUCHERO 1.º Yo caliento el agua de fregar.

PUCHERO 2.º Las patatas se cuecen en mí (1).

PUCHERO 3.º Yo soy el puchero del cocido.

PUCHERO 4.º Yo soy el puchero de añadir.

LOS CUATRO. Para la lumbré nos busca la gente,
etc. (Vanse).

Estante 5.º—(Sale de la tienda un señor muy súci)
con un papel en la mano).

COUPLETS.

SEÑOR. Cierta noche una señora
de pronto se despertó,
levantóse incomodada
demudada la color
agarróme por el asa
y por más que dije yo
que no tenía la culpa
de su desesperación,
increpóme duramente
y conmigo la emprendió.

(Baila).

Paciencia, vasito,
paciencia y chitón,
yo soy necesario
para un caso extraordinario
en toda la po... (2)... biación (Vase).

Estante 6.º—(Sale una señora en traje de sociedad;
blancos con adornos rosa).

(Hablado).

COMERC. ¿Y esa joven tan hermosa
que va andando hacia adelante?

ARCILLA. Es la Jofaina elegante,
blanca con filetes rosa.

(Música). (Vals brillante).

JOFAINA. Yo soy del tocador
la jofaina graciosa y gentil;
yo lavo con amor

(1) En mí natural.
(2) Calderón.

los semblantes de rosa y marfil.
A las niñas el pescú-
-zo yo las lavo con gran precaución
y las mancho en corsé
con la espuma del jabón.
Cuando mi agua súcia
se quiere tirar
destapan la válvula
que tengo de metal. (Marcándolo).

(Baila y vase por una alcantarilla).

Estante 7.º—Coro de jícaras.

CORO. Yo soy la jicara
y un hombre buseo
que el soconusco
quiera probar;
luego agua fresca
como remate
del chocolate
ha de tomar.
¡Olé que sí!
soy la jicara, jicara, jí.
¡Olé que nó!
soy la jicara... etc.

(Se menean y vause).



Estante final.—Apoteosis; se abre la cacharrería co-
mo por terremoto; aparecen los cacharros for-
mando artístico grupo.

(Melopea muy suave para que no se rompan los ca-
charros).

ARCILLA. (Señalando al grupo).

Hoy España es la nación
que fabrica mayormente
este género decente
que es del mundo admiración.

(Telón... y bronca).

Meliten González





I

≡ Nació Facundo Cocañín, tan rollizo como hermoso, en la Vega de Ribadeo. Su padre tenía una fábrica de manteca, y parecía que Facundo había sido *confeccionado* en la fábrica; parecía un rollo de manteca destinado a sonacar un premio, una medalla de oro en una exposición. Andando el tiempo, Facundo se pasó la vida, en efecto, presentándose en concursos, más industriales que otra cosa, y solicitando medallas de oro y de plata y diplomas, y cuanto puede acreditar oficialmente competencia *académica*, científica, moral y religiosa.

Prosperaba la industria de los Cocañines que era una bendición del cielo. A Dios, principalmente, atribuía aquella piadosa familia la corriente de plata que se les entraba por las puertas de la fábrica. Así como la India antigua creyó muy de veras que la *Ganga*, el Ganges, bajaba del cielo a fecundar la privilegiada tierra de los creyentes, Cocañín padre, y su esposa y el hermano de Cocañín, don Ambrosio, rector del seminario de Lugo, creían firmemente que toda aquella manteca, tan bien pagada, era gracia del Señor, que así premiaba las virtudes de varias generaciones de Cocañines, siempre mantequeros y siempre llenos de la fé del carbonero. Sí, tenían la fé del carbonero decían, sin temor de manchar la manteca. Les iba muy bien creyendo así, y además, el negocio no hubiera dado siempre para otra cosa. ¡Creer!—Poco les faltaba para poner en la tienda de Ribadeo, donde vendían algo al por menor, un rótulo que dijera: *La Nata, fábrica de mantecas. Procedares de S. D. M.* Lo consultaron con varios teólogos y resultó que sería un sacrilegio. Que si no...

Facundo prosperó también, desde los primeros meses, tanto como el producto industrial de sus mayores.

—Mire Vd., decía la madre muy hunca: parece que lo han hecho *abajo* (en la fábrica); y enseñaba al mundo entero los muslos, los brazos y los lomos del futuro neo-escolástico. Porque Facundo paró en eso, sin adelgazar nunca, ni perder el color. Todo él era de rosa. Y todo en él redondo, con hoyos que eran redundancias de argollas de carne. Era un angelote de Murillo retocado por un repostero. Por esto, no daban ganas de ponerlo en un cuadro, sino en el escaparate de Lhardy.

Eso parecía principalmente, un gran bocado. Lo mismo al año de nacer, que cuando ganó una canonjía, digo una cátedra, en público certamen al grito de: ¡Santiago y á ellos, que son pocos! (los jueces liberales).

La religiosidad de los Cocañines era tradicional y

estaba enlazada, como una yedra, á las sólidas murallas de la iglesia... que servían también de fortaleza al crédito del negocio. Porque, valga la verdad, eran unos mercaderes, para quien ya no había un Cristo que los arrojase del templo.

La clientela de frailes, cabildos, obispos, monjas, clero suelto y familias tímoratas, había venido poco á poco, al principio, por la buena opinión ortodoxa de que gozaban los Cocañines; y había aumentado y se conservaba gracias al piadoso temor de Dios y de esa clientela que era el dogma de la fábrica. El más pequeño conato, no ya de herejía, de liberalismo, que hubiera podido arrancar á la casa un solo parroquiano escrupuloso en materia de fé, les hubiera parecido pecado que no se purgaría con todas las penas del infierno.

El infierno! Esa era la gran guardia civil en que los Cocañines veían garantía eterna de las abundantes salidas.

Por una *sórites*, que inventó el Cocañín del seminario, pero que ya había dicho su hermano, sin llamarlo así, llegaban desde el mercado de su producto hasta el dogma de las penas eternas. La cosa era fácil de entender; y cuando creció Facundo y fué filósofo escolástico, pero ya de los que usan *mofestan* y prescindien de las formas silogísticas, el chico se explicaba, y explicaba á los suyos, la necesidad... para la vida de la fábrica, del dogma, del gran dogma del fuego eterno, diciendo algo por el estilo:

—«Son habas contadas: (le gustaban mucho las cosas contadas y las habas contadas ó nó, pero con morella). Nuestro crédito se funda en nuestra religiosidad completamente correcta hablaba con los barbarismos que leía en los periódicos *neos*, paristas que no *practicaban*). Todo Galicia y parte de Asturias, la de Occidente, y no poca parte de León y algo de Portugal, se surten infaliblemente de manteca en nuestra casa; además, contamos con la exportación para la Verde Erim, la católica Irlanda y para la Bretaña siempre fiel. Los que nos compran no nos comprarían 1.º: si dejáramos de ser ortodoxos; 2.º si la fé se entibiara en los pueblos leales y esas dignísimas personas que viven del altar y de otras cosas santas, no recaudaran lo mucho que cobran, gracias á la piedad de pueblos y gobiernos. Pero ¿por qué se conserva la fé en muchos pueblos, á pesar de la peste de la incredulidad que infesta el mundo? Ay! Preciso es confesarlo: por la atrición; por miedo á los castigos terribles del infierno; por la eternidad de las penas. Suprimid el infierno y la sociedad se viene abajo, y con ella la *Nata*, la mejor fábrica de manteca!»

II

¿A qué destinarian los Cocañines aquel vástago tan rollizo? No había que dudar. Había nacido canónigo. Aunque la fábrica ocupaba territorio de Asturias, la familia tenía su abolengo, sus amores de terruño, del otro lado del río, en Ribadeo. Además, las relaciones eclesiásticas de los mantequeros ilustres eran principalmente gallegas.—Facundo, como buen rayano, era más gallego que uno de la Coruña, aunque civil y geográficamente era hijo de Pelayo. El siempre invocaba al apóstol: ¡Santiago y á ellos!—Fué, muy niño todavía, al lado de su tío el rector del seminario de Lugo, que dejó este oficio por el de magistral de aquel ilustre cabildo.—Facundo fué colegial, niño de coro, internó en el seminario. Aprendió muy bien latín; de memoria, se echó al cuerpo una porción de filosofía de Balmes, Fray Ceferino González, todo en latín, y entró triunfante en la teología *desempedrando* Santos Padres y doctores de la Iglesia,

como si dijéramos; y hasta los PP. griegos citaba de memoria, sin entender una palabra. Uno de sus principales cuidados en estos estudios de retentiva era estar al quite, como decía él, de las citas que se hicieran pretendiendo demostrar que de la Patrología se reciben grandes argumentos de autoridad en pró de las ideas socialistas y aun de las comunistas. Facundo deslumbraba *al Verbo* con las *contras* teológicas, citando textos menos vulgares de los mismos santos autores en los que se deshacía el efecto disolvente de las citas incendiarias. Para mayor seguridad, añadía, todo de memoria, por supuesto, los artificiosos comentarios con que el clero *burgués* y sabio de nuestros días retorcía y mellaba las armas terribles de aquellos textos alarmantes, convirtiéndolos en espadas de Bernardo. ¡No faltaba más! «La Iglesia no podía morir... ¡Pero *La Nata* tampoco!»

Cuando ya Facundo era redactor vergonzante de *La Atalaya espiritual*, y desde ella, y desde seguro, despreciaba la ciencia de todo *liberal* á partir de Kant y Fichte y el *frenético* Hegel (pronunciado como se escribe) hasta Castelar y Pi; cuando ya había adquirido estilo propio, que consistía en insultar y calumniar al enemigo, no leerle, y condenarle al fuego eterno, siempre con textos del Dante; cuando, en fin, era ya una maza de Fraga de todo sospechoso de relajamiento en materia de fé, moral ó disciplina, se consideró, y le consideraron los suyos, en punto de caramelo para entrar en el sacerdocio de una religión de paz y misericordia, por los pasos contados del derecho canónico.

Pero quiso Dios, ó quien fuera, que *illo tempore*, por aquel tiempo, heredara una prima de Facundo un fortuna en prados y vacas de leche. ¡Leche para la *Nata*!—No había más que hablar. El matrimonio también era un sacramento. El caso era no ir á la cópula por concupiscencia, sino para procreación y educación de los hijos y mútuo auxilio de los cónyuges.

Facundo puso el cerco á la plaza y la tomó, por el valor del propio mérito plástico, en parte, y con la ayuda de dos párrocos, un coadjutor y un cabeceilla carlista. Estas influencias consiguieron que Facundo pudiera criar hijos para el cielo y miles de vacas para las *primeras materias* de la *Nata*.

¡Cuánta leche!

«Lecten, vírgineos candores
gustó Bernardo ¡oh portentoso!
ya no es extraño lo dulce,
pues tan meliflúo fué el premio.»

Así dice una cuarteta, inscripción de una iglesia de Madrid, aludiendo á la Virgen María y á San Bernardo. Pues, si no fuera profanación, se podría decir que la *Nata* y sus propietarios, gozaron *lacteos candores* gracias al matrimonio de Facundo.

III

Pero él no podía contentarse con dirigir una fábrica de manteca. Aquella filosofía escolástica; aquella teología de perro rabricorto; aquel anhelo de dictar sentencias en primera instancia para mandar precitos á los profundísimos infiernos, necesitaban horizontes más anchos de los que ofrece la *raya* de Asturias y Galicia.

Voló Facundo. Fué periodista en Valladolid. *Neó* elegante hasta el *blanco*. Allí empezó á vestir con elegancia y á usar un *maferlan* que ya no abandonó nunca.

¡Le parecía á él tan *chic*, tan *picante*, pensar y sentir como un Torquemada y vestir como un currutaco de Valladolid! Acudió, calada la visera, por con cartas de recomendación subrepticias, á multitud de certámenes de la *Unión católica*, de *cofradías* y del *gay saber*... ultramontano. En prosa ó en verso, siempre triunfó, gracias á su intransigencia; el argumento Aquiles que siempre arrojaba sobre el enemigo, las penas eternas. Calumniaba, insultaba, demostraba que el impío está fuera de la ley y que vale todo contra el réprobo... y se le llenaba la casa de pensamientos de oro, de escribanías de plata, jarrones é imágenes sagradas. Pero á todos

aquellos crucifijos que le regalaban, y que tenía *tasados* en lo mucho que valían, pesando el metal precioso, sin menoscabo de la religiosidad; á todos, prefería un Cristo, que le había regalado su padre, antiguo recuerdo de familia. Era una tosca imagen de talla, pero no era escultural; repitiéndose aquí el milagro de otro Crucifijo que un célebre poeta español heredó de sus mayores (también; Crucifijo que tampoco es escultural, pero es de talla. Milagro

Cuando en la Academia de Jurisprudencia (pues Facundo pasaba meses en Madrid) discentía contra los liberales, nuestro paladín divino, y los injuriaba y levantaba falsos testimonios como chichones, siempre imaginaba él que su arma de combate era el crucifijo de tosca madera, que él, Hércules cristiano, manejaba como una maza santa para aplastar hidras, domesticar leones y acabar con otras calamidades *liberales*.

También hizo oposición á una cátedra, y la ganó, como pudo haber ganado un *Jubileo* ó Indulgencia plenaria. Los ejercicios fueron unos fervorines, varias novenas, y casi casi las misas de San Gregorio. Esto en la parte positiva; en la negativa, que era su fuerte, aquello fué las Navas de Tolosa, ó la batalla de Lepanto. ¡Pobre Kant! ¡Pobre Voltaire! (¡todavía!) pobre Hegel, pobre Jovellanos, pobre Sanz del Río, pobre Pi y Margall! y pobre humanidad libre-pensadora ó por lo menos liberal, ó amiga de la desamortización por lo mínimo! Con todos aquellos eleutos de pensadores, estadistas, literatos, etc., etc. Facundo se portó como un Vargas Machuca. El Cristo, el Crucifijo de encina, chorreaba sangre y tenía incrustaciones de hueso, de esquirlas, adornadas con piel humeante de liberal y heterodoxo.

De los contritantes, sospechosos de *filosofía alemana* siquiera, no hay que hablar. Un partero tuvo que barrer sus restos. El salón de *actos* quedó hecho un *spoliarium*. Había dos jueces de la cáscara amarga....



y como eran minoría... se quedaron sin cáscara; Facundo les hundió el Cristo en el cráneo ochenta veces. Era el diablo. Por lo menos, disponía del infierno como si él mandase allí.

IV

Pasó mucho tiempo. Tanto, que el día en que volvemos á ver á nuestro héroe es... el día del Juicio por la tarde.

Cocañín se presenta en el valle de Josafat, triunfante, alegre, seguro de sí mismo, con el mismo cuerpo que tuvo y con el mismo *maferlan* de siempre. Sigue pareciendo un bocado exquisito del escaparate de Lhardy; fresco, rechoncho, sonrosado. Avanza impaciente, dando codazos y pisotones, como cuando iba á recojer un premio, por haber aplastado á media docena de apóstatas ó réprobos. No duda ni un instante de que en el cielo le pondrán muy cerca de los tronos y dominaciones, que son sus predilectos. El juicio supremo para él es una ceremonia, como la de hacerse doctor. Está convencido de que se salva, con los más favorables pronunciamientos.

Por fin, le llega la vez... «Facundo Cocañín.» Adelante... Saluda con cierto aire de confianza... ¿Qué ve enfrente de sí? Un crucifijo clavado en una pared, cubierta de paño negro. El crucifijo es el *suyo*, el de sus mayores; el *Cristo de la Vega*... de Rivadeo... Pero ha crecido. Es de tamaño natural. De repente... sobre la encina de la cruz, la encina del crucificado empieza á

transformarse en carne... ¡pero, qué carne! Carne macerada, carne atormentada... Todas las llagas á que reza la piedad, están sangrando, pero además ¡cuántas otras! ¡Y qué de huesos rotos! un femur quebrado; la frente con diez agujeros, una mandíbula desencajada, un ojo colgando... Y sangre... sangre brotando de todo el cuerpo! de sangre, un río!

—¡Facundo, mira cómo me has puesto! exclama una voz de agonía.

Un minuto después, Cocañín *ingresaba*, entre cuatro del orden celestial... en el infierno. En el infierno, que no existía antes, pero que se inventó para Facundo, que tanto lo había deseado... para los demás.



Clarín

« EL RETRATO DEL HÉROE »



Cuadro de A. Coll



NUEVA PRIMAVERA

Como caudillo fiero é indomable
que baja con su hueste á la llanura
desde su fortaleza inexpugnable,
descendió el crudo invierno de la altura;
y cual, después que con furor insano
que á la comarca infortunada aterra,
tala y somete el indefenso llano,
causado pliega su pendón de guerra
y en su castillo secular se encierra
con el botín que arrebató inhumano;
así, después de castigar la tierra,
se retira el invierno hácia la cumbre
escueta y solitaria de la sierra,
y el mundo alborozado, que se mira
libre de su penosa servidumbre,
en calma al fin, con ansiedad respira;
y armonioso y alegre, cual si fuera
la gozosa creación ingente lira,
que la mano de Dios vibrar hiciera,
en la tierra, en las ondas y en el viento
suena ese dulce cántico que inspira
todo lo que es amor, dicha y contento.
¡Canción que, al repetirse por doquiera,
con ritmo igual y con distinto acento,
vibra en el nido cuando raya el día,
en el mundo al nacer la primavera
y en el alma sedienta de alegría
cuando despierta la ilusión primera.

Preliando sus rítmicas escalas,
el ave por la helada entumecida
tiende en el viento las sonantes alas;
y, al placer renaciendo y á la vida,
la tierra en el letargo sumergida
cibe y ostenta sus lujosas galas.
Rompe y quebranta la sonora fuente,
la cadena durísima de hielo
que aherrojara en el cauce su corriente,
y en su cristal sereno y transparente
se mira el bosque y se retrata el cielo.
La larva se convierte en mariposa,
el brote en rama, en perlas el rocío,
el hielo en fuentes, el capullo en rosa,
la yema en flores, en espejo el río,
en planta el gérmen, y en vergel la fosa.
Todo es dicha y amor, luz y alegría;
vuelve á la vida la creación entera
y despliegan y lucen á porfía
su manto de colores la pradera,
su muelle alfombra el matizado suelo,
el bosque su verdor y su armonía,
la flor su aroma, el pájaro su vuelo,
su lumbre el sol, su transparencia el día,
su pompa el mundo y su esplendor el cielo.

Y sólo en el confín del horizonte,
donde apenas alcanza la mirada,

su cima eleva el solitario monte,
de inmarcesible nieve coronada,
que, silenciosa é inmutable, advierte
al alma de placer enardecida
que en medio de los gozos de la vida
se levanta el espectro de la muerte.

Mas ¿por qué, cuando alegre y jubilosa
resuena en el espacio la armonía
que alza la tierra al despertar gozosa,
indiferente la inmortal Poesía,
el valle abandonando, desdeñosa,
como el águila altiva y orgullosa
busca la cumbre estéril y bravia?
¿Por qué en su arpa vibrante no resuena
ni un canto á la ilusión y á la alegría,
y en sôn doliente, que los aires llena,
tan sólo sabe, acogojada y fría,
cantar la duda ó lamentar la pena?

¿Y ha de ser siempre así?... Suene potente,
celebrando la dicha y el encanto
que hacen vibrar mi corazón vehementemente
de la lira al compás, mi alegre canto!
¡Suene hoy que de contento enloquecida,
renacer la esperanza el alma siente
y siente el mundo renacer la vida!
¡Suene hoy, en tanto que la sangre ardiente
circula acelerada por mis venas;
hoy que, próbica, hermosa y sonriente,
derrama la ilusión á manos llenas,
sus flores y su luz sobre mi frente!
¡Gozad del sol la esplendorosa lumbre,
cuando, triunfante, en la mitad del día,
del cielo toca la eminente cumbre;
no aguardéis á que el astro refulgente,
entre las nieblas de la tarde fría
sepulte su esplendor en Occidente!
¡Y la pompa admirad del roble erguido
mientras reviste en el abril florido
de verdes hojas sus torcidas ramas;
no aguardéis á que seco y carcomido,
del hogar retorciéndose en las llamas,
caliente nuestro cuerpo entumecido!

¡Dejad, dejad que el alma enloquecida,
en el abril del año y de la vida
goce de la ventura y los amores,
mientras, ardiente, la ilusión primera
derrama sus purísimos fulgores...!
¡Quién sabe si al volver la primavera
al par que en el vergel y en la pradera,
sobre mi tumba se abilitán sus flores!

Manuel de Sandoval



1.- Pepe y Luisa, á los pocos días de casados, vinieron de Villapelena á la corte á pasar una temporada en casa de su tío Pedro, cochero de un ministro.



2.- Una vez que estuvieron solos, empezaron á pensar la manera de ponerse de moda para lucir en la corte, y á fuerza de meditar dieron con una magnífica idea.



3.- Pepe, empezó por ponerse el gabán con que guiaba su tío, y arató en la faja dorada de la chistera, para disimular la procedencia.]



4.- Entre tanto, Luisa, puso al sombrero de Pepe unas plumas arrancadas del plumero de limpieza y se colocó la pelerina con que el tío Pedro iba en el presante.



5.- Y se lanzan á la calle á lucir los enserpecitos y á darse tono.



6.- Los chicos de la goma, al verlos conentian en qué eran personas aristocráticas, por el elegante corte del abrigo de él, la riqueza de las pieles de ella, y la indiscutible distinción con que llevaban las prendas.



LA SEÑORITA DE BAZÁN

--¿Oyes, niña?

--¿Ese es el mar; el monstruo, la tumba!

Al fin, después de cuarenta años de ahelarlo, había llegado á sus riberas la señorita de Bazán. La anciana que la acompañaba, criada antigua de su familia, y á la sazón vecina de aquel lugar de la costa cántabra, volvió á interrogar con la misma frase:

--¿Oyes, niña?—y sin darla tiempo para contestar continuó:—Ese es el mar!... Dos hijos míos guarda en sus entrañas de fiera... Se los tragó... Es un cementerio. ¿Querías verlo? ¿Querías oírlo? Pues ahí le tienes.

Y el mar bramaba y sacudía las melenas de espuma que hundían el aire silbando y azotaban los arrecifes estrellándose en ellos con pujante furia.

La señorita de Bazán tenía muy pocos años menos que su anciana compañera. Era una viejecita muy térne. Los cabellos blancos, los ojos vivos y la postura noble, sin que los años hubieran logrado doblegar su gallardía. Fue fruto dulce y jugoso y había llegado á secarse sin regalar á nadie. La pobre señorita de Bazán amó y amó mucho; pero sus amores fueron unos amores muy raros. Siendo muy joven, al asomarse un día á la ventana de su cuarto, vió en un balcón de la casa de enfrente á un mozalvete que parecía acecharla; al

pronto no distinguió más de él que las narices, unas narices extraordinariamente acusadas, porque á las dos casas la separaba una plazuela,—en estos amores la distancia intervino desde el principio.—Después de exámenes más minuciosos, logró descubrir la señorita de Bazán que el joven poseía á ambos lados de las desafortunadas narices unos ojos que por tamaño no quedaban mal con ellas, muy tímidos, al menos cuando miraban á la linda vecina, y muy hermosos según su parecer. Desde entonces la señorita de Bazán y el galán, á fuerza de mirarse se amaron, cada día que pasaba más. Esperando ella que la distancia se acortara y él á vencer su encogimiento, pasó un año, y llegó el día que por necesidad de acudir él á la escuela de marina, donde había ingresado, dejaron de verse.—Ahora está en Cádiz,—decíase ella, que por una criada sabía de los pasos del marino—hoy en el Ferrol, mañana en China, al otro Australia, y así seguía cada vez enamorada desde más lejos. Sucedió al cabo del tiempo una horrible tragedia en el mar: un barco de guerra se fué á pique al venir de América á España; era el *Invencible*. En él iba el amado de la señorita de Bazán. Lloró á solas y la pena le ahogó el alma. Ya se amaban desde más lejos; la muerte había alongado las distancias. Si fina amante era ella, amante finísimo fué él, pues es cosa que se supo que él la quiso de amor con toda el alma, y que si la Parca no le hubiera cortado la vida, al fin hubiera llegado á declarar su amor á la señorita de Bazán, aunque fuere por escrito.

La señorita de Bazán no se casó y siguió rindiendo culto secreto al pobre marino. Pasaron los años y sus cabellos rubios trocáronse en blancos; perdió el rostro la juvenil belleza, pero el corazón no se enfrío con la nieve de tantos inviernos; siguió fiel y joven, amando siempre y resignada. Su único anhelo consistía en ver el mar. Envidiaba á todos los que tenían á los seres amados en un rinconcito de tierra sobre el cual podían llorar y esparcir puñados de flores. Ella, ¡qué lejos estaba de él! Sus padres murieron; se esparcieron sus parientes. Se quedó sola. Entonces arraigóse más en ella la idea de acercarse al mar, á la tumba de su amado. Ahorró como un usurero, y al cabo del tiempo juntó lo preciso para llegar hasta la orilla del mar.

Bramaba el monstruo, y los latigazos de sus melenas de espuma azotaban el rostro de la pobre vieja.

De rodillas en la orilla, la señorita de Bazán miraba el inmenso mar enfurecido. En su seno yacía el amado bien y oró y lloró. Desde que le había conocido nunca se había encontrado tan cerca de él. Sus lágrimas se derramaban sobre su tumba.

De una caja de cartón sacó una gran corona de flores, y después de besarla la echó al mar.

La corona fué recogida por una montaña de agua, resbaló por la ola y subió luego á la cresta de otra, marchando siempre mar adentro...

La infeliz veía desaparecer, y decía embriagada por su inefable amor:

--¡Oh, dueño mío, quién pudiera cubrir tu tumba de rosas!

Fernán Carretero.



MARÍA GUERRERO

Voy á echar mi cuarto á espadas, ¡qué demonio!

Y bien sabe Dios que deploro que no me ayuden, al llevar á las cuartillas el pensamiento que hace tiempo me escarabajea, ni el estilo brillante ni las frases sonoras que yo quisiera emplear para darle forma adecuada.

Ello es que, de pronto, sobre las ruinas del Teatro Español, que parecía hundido para siempre entre las hipócritas lamentaciones de los que tenían la obligación de salvarle, ha surgido la figura de una mujer, la figura más grande del teatro nacional contemporáneo, que, echando sobre sus hombros tan pesada carga, ha triunfado contra el desvío justificado de la muchedumbre, contra los obstáculos puestos adrede por los majaderos, contra las artimañas de la envidia, contra las cuchufletas de la crítica menuda, contra todos y contra todo...

Ya sé yo que cuando se muera la Guerrero, que ojalá sea á fines del siglo que viene lo más pronto, los gazetilleros sin sustancia, que sí los habrá entonces de seguro, y en mayor número que ahora probablemente, abrirán el baul de los elogios y los verterán todos sobre las columnas de sus periódicos respectivos, para que el pueblo soberano caiga en la cuenta, si quiero, de que la patria pierde con tan desdichado motivo una lumbrera del arte, una mujer fuerte, de arranques verdaderamente geniales, de excepcional talento, de iniciativa poderosa, muy superior en este concepto á cuantos actores y actrices han pisado tablas.

Es ley humana que las alabanzas espontáneas, sinceras, universales, se tributen al interesado cuando no puede oírlas, y se le echen encima los disgustos mientras pueda sufrirlos... Por esta vez es preciso que falle la regla. Y ya que la Guerrero no obtiene (y eso muy de tarde en tarde) más bombos que los que proceden directa ó indirectamente de la contaduría, ni más admiración ostensible que la que se refleja en unos cuantos snellos cortados por el eterno patrón, con las frases encomiásticas de costumbre, como si no se tratara más que de una actriz que suele interpretar con grandísimo acierto sus papeles, vaya mi modesto aplauso, distinto de los demás, á romper la monotonía de los elogios adocenados y vulgares, al alcance de cualquier racionista que tenga amigos en la prensa.

Mi voto es de calidad en el asunto, no porque tenga autoridad, ni dotes de crítico, ni profundos conocimientos en el arte que ella enaltece, sinó porque soy del otro

corral, de los que no tienen agallas para empresas de mayor fuste y se contentan con satisfacer una vanidad de pigmeo buscándole las vueltas al estragado gusto de la multitud que paga.

No la conozco apenas y, sin embargo, cuando me recreo á solas con las joyas de nuestro teatro antiguo y moderno, por una concatenación de ideas, fácil de explicar, me acuerdo de ella sin querer, de sus titánicos esfuerzos, de su labor ruda y constante... Y la veo arrancar los cimientos del vetusto corral de la Pacheca para limpiarlos de los miasmas que habían dejado entre ellos títeres y pantomimas; levantar el edificio á pulso para orearle, ante la oposición de la ignorancia imbecil, que no ocultaba su satisfacción al considerar imposible la tarea; reunir á su lado los restos de nuestra gloria; atraer á los desperdigados autores; poner al servicio de su arte su educación exquisita y sus conocimientos vastísimos; resucitar brillantemente los clásicos; domar al vulgo con la varita mágica del talento y luchar bravamente un día y otro contra la indiferencia y el aburrimiento de las clases elevadas, incapaces de comprender la grandeza del sacrificio.

La veo pasear en triunfo la bandera española por las apartadas regiones que á su sombra se poblaron, medir sus fuerzas de igual á igual y cara á cara con la gran trágica francesa, vencer á los concejales de ciento en boca que piensan adquirir importancia poniendo chinitas en su camino, y no rendirse jamás ante las apretadas huestes de nuestro ejército, del de los pequeños, el de los inhábiles, el del arte menudo que vá tomando lentamente todas las trincheras.

Y no puedo menos de decirme: á esta señora Guerrero no la hace justicia la generación presente.

Y no, no se la hace.

La opinión, por medio de sus órganos, alaba mucho más, todos los días y á todas horas, á la... ¡tente lengual! Iba á nombrar indiscretamente á una tiple del género chico que anda por provincias.



Enrique Delgado

UN CHICO DE RECURSOS, por Gascón

(que era el hombre de mi cuento),—
te adoro como á la luz
de mis ojos!

—Poco es eso,
y, á más de poco, vulgar.
y, á más de vulgar, muy viejo.
—Esposa mía, repara
que fatigas mi cerebro
obligándome á que busque
expresiones y conceptos
que reflejen el cariño
que por tí siento mi pecho.
Deja que medite un poco
á ver si encuentro algo nuevo.
Breves instantes de pausa.
Nicolás contempla el cielo,
se pellizca las narices,
se pone en la frente un dedo
y exclama lleno de gozo:
—Ya está aquí!.. Elvira te quiero...
—Más que á quién?.. Dilo en seguida!
—*Más que á unos zapatos viejos!*
—Bárbaro, necio, soez,
jeanalla, mal caballero!
maldita sea la hora
que fuimos juntos al templo!
¿Esa flor tan delicada
me reservaba tu ingenio?..

A los tres meses, Elvira
se compró zapatos nuevos,
tan estrechitos de punta,
de tacones tan esbeltos,
tan ajustados de empeine,
tan perfectamente hechos,
que Elvira quiso lucirlos
por la tarde en el paseo;
y desde allí se marcharon
á pie á la puerta de hierro
porque el médico les dijo
que era el ejercicio bueno.
¡Con qué elegancia movía
al andar su airado cuerpo;
con qué afa tan candoroso
miraba curiosa al suelo,
no más que por convencerse
de que eran sus pies pequeños.
Pero, ay al llegar Elvira
de su expedición al término,
se queda inmóvil, prorrumpie
en desgarrador llanto,
suspira, rabia, maldice,
muerte furiosa el pañelo:
su rostro que siempre ha sido
pintada rosa de fuego,
rápidamente se torna
en mascarilla de yeso;
un sudor frío, mortal,
invade todo su cuerpo,



1. —¡Que contrariedad! Tropezarme ahora con el marqués! y estoy hecho un facha con este traje!.. Ah! ya se me ha reunido!

LOS ZAPATOS VIEJOS

El cuento en prosa lei,
pero yo en verso le tortío...
No digas luego de mí
que con lo ajeno me adorno.

(Advertencia que estaría muy bien en muchos
escritos).

Iban dos recién casados,
por la calle, de paseo;
uno y otro se miraban
con el más dulce embleso:
—Me quieres?—ella decía—
Y el contestaba:—Te quiero.
—Yo á tí, como el ave al sol!
—Yo, como la luna al cielo!
—Yo, como el mar á la playa
que la abruma con sus besos

—Yo, como el pastor sencillo
al inocente cordero!
.....
—Dime otra vez que me quieres;
pero dímelo con fuego,
y compara tu cariño
con algo grande y eterno.
—Pues bien,—dijo Nicolás



2. —Ya me salido de mi apuro.



2. Ola Enrique! ¿De caza eh? como sabes elegirte los días! Está el tiempo hermoso para perdices; que te diviertas mucho.

y á una carcajada histérica
sigue un ataque de nervios.
—Nicolás, Nicolás mío,
abrázame, que fallezco,
ó quítame estos zapatos
ó llama al sepulturero!
Y es claro, como los pies
cuando se halla el bello sexo
en cierto estado, se ponen
como embutido extremeño,
los zapatos no salían
ni á tres tirones, ni á ciento...
Por otra parte, el marido,
muerto de risa por dentro,
no tiraba con la fuerza
que reclamaba el suceso.—
Y haciendo como que estaba
emocionado y tembando
el triste fin de su esposa,
exclamó: por Dios te ruego
que antes de morir me digas
si me quieres.

—¡Sí, te quiero;
más que á la luz de mis ojos,
y como la luna al cielo,

y como el mar á la playa,
como el pastor al cordero;
pero todo tu cariño,
mi amor, y, en fin, cuanto tengo,
lo cambiara en este instante
por unos zapatos viejos!
—¿A qui están—dijo el esposo—
que este caso previniendo
los traje muy guardaditos:
de lo cual ahora me alegro,
porque ellos al fin te enseñan,
aunque humildes y modestos,
que á nadie en el mundo debe
tratarse con desprecio.
Y en pago de tus insultos,
y de éste día en recuerdo,
si mil veces me preguntas,
Elvira cuánto te quiero,
te responderé otras tantas:
¡¡Más que á unos zapatos viejos!!

Tomás Gascón



CUENTO ORIGINAL

No es posible dejar de referir lo que había en la casa de nuestra buena Marcelina, que de cada rinconera había hecho un museo de chucherías. Sobre una vieja cómoda inglesa, de las que nos re-

uerdan los tiempos de casaca y peluquín había un busto de Mozart; frente al sublime inspirado y en una mesita de adorno y bajo un amplio transparente faanal, un bonito niño Jesús sonriente, de dulcísima mirada y sosteniendo en sus manitas este pícaro mundo.

¿Qué más, qué más había?

¡Ah! sí, un reloj del tiempo del Directorio, con tocetas chillonas de organillo viejo y no cuadro de monigotes danzarines por virtud de un resorte. ¿Cómo enumerar las tacitas, los muñequitos de porcelana, y en fin, las miles de cositas que había en la sala? Todas las figuritas, santos y retratos eran bonachones, ó graves, infundiendo veneración; tan solo en el despacho biblioteca del hermano de Marcelina, había sobre un pedestal una enorme cabezota de yeso que tenía una risa amarga y temible gesto de burlón perenne.

Con estos datos geográficos pasemos á la historia.

Al cabo de muchos años, muchos, Antolín y Marcelina, que habían vivido apacible, sosegadamente con Pascual, el hermano de Marcelina, tolerando las rarezas de éste, su humor melancólico, la agridez y sequedad de un carácter insociable y la indiferencia invencible de un solterón filósofo escéptico, Antolín y Marcelina tuvieron un hijo.

Y aquel monigote, cuando apenas tenía unos cuantos centímetros de altura y apenas podía tenerse de pie... pasó el rubincón, hizo sus diez y ocho Brumario, su dos de diciembre, dió su golpe de estado... se nombró dictador... dominó á todos en la casa, á todos... hasta al oso, su tío Pascual.

Tal pasaje histórico es necesario narrarlo con algún detenimiento y con su pizquita de Injo en los detalles.

Manolinche tenía una carita redonda suma de dos cachetes colorados como manzanas.

Entre estas dos manzanas aparecía una naricilla elemental muy graciosa; sobre ella dos ojos bajo grandes pestañas. Los ojos que miraban con profunda atención á las cosas, como estudiándolas, quién sabe para qué objeto ó propósito de realizar con ellos desconocidas experiencias! Sobre la frente lucía unos cabellos rizaditos sin artificio y de un modo primoroso, rosquitas de oro.

La boquita era un capullín de rosa.

Manolinche... había pasado algunos meses en brazos de su madre ó de la niñera, pero ensayándose en la mímica del ademán de manos y brazos. Se ignora con qué fines.

Breve fué el tiempo durante el cual andando á gatas recorría el suelo. Tiempo fabuloso que luego pasados los años y cuando se intentara hacer cronología de su vida... había de ser indeterminado... «El tiempo que anduvo á gatas» incierto tiempo centesimal que se le supondría agregado á los números enteros expresión fija de la edad.

Ello es que al fin un pie aquí, otro allá y manitas extendidas para apoyarlas en la pared ó en las sillas... se echó á andar.

—Ah, que el nene anda...! exclamaba la madre ébria de gozo.

—¡Qué tieseto!—replicaba el padre embelesado— va á ser un mozo.

Criados, amigos, todos celebraron la valentía de Manolinchi. Sólo D. Pascual no manifestó admiración alguna.

¿Qué había para él en la vida que pudiese cautivar; él, que restaba como Malthus, descreía como Brúschner? El nene un mono, un chachorro humano... pero un mono quizá más impertinente, porque era llorón á veces y revoltoso siempre. Hombre que se había formado el pensamiento con el cultivo artificioso que prestan los libros... ¡Ver la vida, el mundo, la furiente caldeadura del corazón por los dolores del sentimiento ó por las dichas del amor; ver árboles frondosos, cielo azul, amoríos de pájaros, brillo de estrellas... todo esto á través del velo tupido de páginas regladas por los caracteres de imprenta!

La llegada de Manolinchi al mundo no produjo en Pascual más que extrañeza, su crecimiento disgusto. Puede afirmarse que llegó á aumentar su melancolía idiosincrásica.

Antolín y Marcelina se ocupaban menos de arreglar las chucherías que adornaban la casa, de comprar otras nuevas, que ésta había sido siempre su afición, y en fin, se cuidaban menos de él, de Pascual; ya no atendían á combatir las tristezas de éste...

Tal era el estado político de la casa cuando Manolinchi, viéndose andarín, se hizo explorador.

Pasó por el estrecho que formaban en el gabinete un enorme armario y el reloj de música.

—Tí, tí, tí.

Exclamó triunfante moviendo á compás su rizada cabezota de uno á otro lado y aleteando con los deditos de las manos como si tocara las castañuelas, moviendo á la vez los brazos, y así miraba al reloj recordando que era caja de música y teatrillo de muñecos danzarines. Hecho lo cual, emprendió de nuevo su marcha hasta la mesa donde se hallaba el niño Jesús y deteniéndose ante él le miró, respondiendo á la risa del dioscecito con una risa de ángel...

—¡Nene!—exclamó.

Nuevas impresiones de viaje. Mas sin duda el viajero no quería perder el tiempo y ¡hala! andandito. Felizmente distraídas las gentes de la casa, no habían advertido que Manolín se había lanzado á correr el mundo con audacia peligrosa.

Entró en la sala, todos estos países le eran conocidos... y alzó la cabecita é hizo pinitos para mirar á las rinconeras... pero estaban verdes, es decir, altas, y bajando la cabecita y emprendiendo marcha de patito fugitivo... pian, pian, se arrojó á pasar el vasto desierto de un pasillo... al cabo del cual se hallaba lo desconocido... regiones inexploradas... el despacho del tío Pascual: de aquel hombre adusto, que nunca sonreía y al cual ora con extrañeza, ora con miedo, había mirado Manolinchi muchas veces.

Entreabierta se hallaba la puerta de una pequeña habitación, que era como ante-despacho.

—¡Coco!—dijo con voz muy baja Manolinchi alargando el hociquito y poniendo unos ojos llenos de misteriosa expresión y á la vez de temerosa curiosidad... y metió la cabecita por el vano de la puerta... Hubiérase dicho que se asomaba á la boca de la caverna del canchero y veía brillar la betunosa superficie de la laguna estigia.

Ni Virgilio, ni Dante, ni Manolinchi tuvieron miedo.

En el ante-despacho había otro reloj de gran péndola dorada en movimiento. Manolinchi se balanceó á uno y otro lado al compás de la péndola. Después se echó á andar á cuatro patitas por el suelo, acercóse á un armario que entreabrió, y metiendo en él la cabeza dentro, al verlo obscuro gritó:

—¡Oh, oh... oh!

Para dar miedo al coco... ¡Cintas al mercader!

Y al fin se puso en pie como le fué posible... y llegó al polo: entróse en el despacho. Al principio quedóse asombrado de su propia audacia; cuentan algunos autores que se entretuvo un tiempo en revolver los papelitos de un cesto de papeles rotos; no falta quien afirme que se apoderó de un pisa-papeles... lo que es sabido es que subiéndose en un sillón bajo de asiento, y haciendo ejercicios de arriesgadísimo funambulismo, anduvo por encima de unas sillas hasta llegarse al pedestal en que se hallaba el busto de Voltaire... ¡y zás!

¡Catástrofe!

La cabeza de Voltaire cayó al suelo y se hizo mil pedazos. Entonces el héroe, espantado ante su propia hazaña se echó á llorar.

Pascual entró en aquel momento... y lanzóse á coger al niño en los brazos.

—Tenías razón... ese hombre obscureció mi vida y me la ha hecho amarga... Desde hoy te amaré, muñeco mío.



José Zaldívar

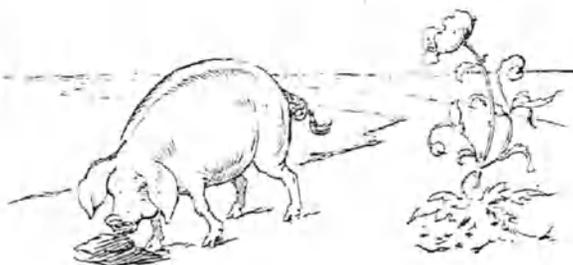
ESTÉTICA EN IMÁGENES

POR APELES MESTRES



Hay seres en el mundo
que suelen hacer arte de lo inmundo.

Desdeñan el perfume de las flores
y recrean su olfato en los hedores.



Pero el genio que siente con amor
revuela siempre en torno de la flor.



EL ARTE DRAMÁTICO



Aquí no saben ustedes lo que es bueno. Las empresas teatrales *poner*—como las gallinas—las obras, con esmero y aun con lujo.

Recuerdo cómo puso *El Amigo Fritz* Emilio Mario. Casi provocó una revolución teatral «dando de comer» de veras en escena a los personajes de la obra.

- ¡Qué dirección!—decían unos espectadores.
- ¡Qué propiedad... literaria!—exclamaban otros.
- ¡Qué *realísimo*!

Los espectadores de palcos y butacas aspiraban con artístico placer, el tufillo de los platos que devoraban los actores en escena.

Algunos señores salían del teatro para meterse en un restaurant á comer *Amigo Fritz*.

Otros se chupaban uno ó más dedos.

El teatro de la Comedia fué, durante la temporada, el teatro de la buena sociedad, de las personas sanas.

El público ha adelantado mucho: no es aquel inocente conjunto ó conjunto de inocentes que aborrecía al barba traidor ó al bárbaro traidor, y aun le esperaba, en la puerta del vestuario, terminada la representación de su melodrama, para asesinarle por bribón y mal nacido.

Y esto, aun cuando el traidor saliera á escena mal trajeado y con barba postiza de mangüitería.

Hoy se hila más delgado.

Se admite el drama pasional, pero con muertes de veras y si no está bien decorado y bien *puesto*, no pasa de la primera noche.

La propiedad en el vestir, en el dormir, en el comer, beber y arder, en el volverse loco un personaje, eso es lo que... excita la hilaridad alguna vez, pero se aplaude por las masas.



En los teatros de orden inferior, en algunas poblaciones de menor importancia, es donde hay que ver las obras.

No las reconocerían sus mismos padres.

La carencia de recursos impide á los artistas realizar sus sueños de gloria y aventurarse en despilfarros de decorado y embellecimiento.

Y á pesar de todo, suele decir el periódico local que ve la luz mensualmente:

«*La Miss en escena*, superior.»

Así, como suena.

¡Cuánto candor! ¡Qué dosis de buena fé!

No hace mucho tiempo vi *Don Juan Tenorio* en una población que no quiero nombrar, por no «faltar á nadie».

La compañía ó cuadrilla que funcionaba en aquel teatro dos veces por semana, se vió sin dama la vispera de la primera representación del *Tenorio*.

Había dado á luz dos robustos infantes, que, según el veterinario del pueblo, se sospechaba que fueran gemelos.

Como el cuadro dramático era tan escaso, la falta de doña Inés por alumbramiento, era «la fin del mundo».

Porque de *Ciutti*, *Butarelli*, el *Escultor* y el *Capitán Centellas*, ya habían hecho una sola persona; *Don Diego Tenorio* hablaba desde fuera de la escena: era un alguacil del juzgado que no tenía traje y que por ser muy vergonzoso, no se atrevía á salir á escena.

¡Pero doña Inés!



Por fin, y merced al ingenio del primer actor, se arregló la cosa, con *Brigida* y el *Comendador*.

La «escena del sofá» se reformó de esta suerte:

Don Juan decía á *don Gonzalo*, ambos sentados, para no faltar á «lo del sofá»:

—¿No es cierto, Comendador que en esta apartada orilla?...

Y así sucesivamente hasta el fin de la escena.

Fué una ovación indescriptible—que decimos ahora.

¡Cómo sería que el ayuntamiento declaró hijo adoptivo al primer actor, con obligación de salir de la provincia para siempre!

Edmond de Rillans

FIGURAS DEL SIGLO XIX

SARAH BERNHARDT

En el yunque de bronce en que molden
naturaleza las sublimes almas,
Dios sometió, al tronar de los martillos,
la más inaccesible y la más brava.
Fue de Sarah el espíritu tremendo
el que cayó bajo las férreas mezas
arrojando partículas de lumbre
como inflamado hierro, del que saltan
y se entretajan cual culebras de oro
en explosión espléndida las ascuas.

**

Quiero dar el espíritu de un siglo
á ese trozo de arcilla soberana. —
Dios dijo á sus artífices supremos
derramando el *fiat lux* de sus palabras:
en su cuerpo sutil de acero duro,
forjad los nervios con cordaje de arpa,
la cabellera con fulgor de incendio,
la voz con gritos de salvajes águilas,
los ojos con espejos que reflejen
las mil pasiones de la vida humana,
el corazón con roca incandescente,
las manos delgadísimas con garras,
y la forma del cuerpo con antílopes,
cisnes gallardos y esbeltez de garzas.
Engenaréis en ella, de la gloria
la fiebre pertinaz nunca saciada,
el genio errante del judío inquieto
que va á través de las distintas razas,
el anhelo del oro, derramado
de entre sus dedos en corrientes áureas,
la inspiración de un arte no sabido
que cante y ruja su febril garganta,
la independencia de la bronca fiera,
la exaltación de las pasiones trágicas,
y el sello de los genios, la inventiva
que forja y crea y que á mí sér se iguala.
Ponedle entre las manos la careta,
el buril, el pincel, la pluma sabia,
y que esculpa, que pinte y represente
del pecho humano los grandiosos dramas.

Al mandato, golpean los martillos
sobre el sonoro yunque donde cantan,
y modelan la espléndida figura,
que abre los ojos y del molde salta.
Ella es el grande espíritu moderno,
la neurótica inmensa de una raza,
la viva antorcha cuya luz esparce
diabólicos reflejos en las almas.
Ella llama á la tumba de la historia
y resucita á las perdidas razas:
hace con *Fedra* revivir la Grecia,
y con Egipto revivir *Cleopatra*.
Vestida de española ó de judía,
transfigurada en reina ó en esclava,
en ella hablan los siglos y los séres
resucitados en su forma plástica.
Símbolo del espíritu moderno,
interpreta sus luchas y sus ansias,
y de la vida, su arte esplendoroso
recorre toda la infinita escala.
Logra en *Possant* la gloria perseguida,
hace en *Ruy Blas* de augusta soberana,
triunfa en la *Esfinge*, y se orna de camelias
representando el lacrimoso drama.
Se cubre en *Anfitrión* de olas de gloria
que en aplausos magníficos estallan:
Andrómaca le ciñe sus laureles,
crea á *Gismonda* y diviniza á Zaira.
Su vida es la de un héroe fabuloso,
se hace cercar de fieras exaltadas,
son sus gatos los tigres carniceros,
y un ataúd fatídico su cama.
Llevada por el loco torbellino
que empuja y estremece sus entrañas,
parece una veloz locomotora
que recorre los circuitos del mapa.
El rayo, es el corcel donde camina;
y por doquiera que triunfante pasa,
tiende una aurora boreal su genio
á través de las mentes y las almas.

Salvador Rueda





A estudiar a Salamanca

(Cuento de dos siglos ha)

I.

—¡Tate! ¡Tate!
 ¡Con que usarcé es el
 señor licenciado Gar-
 ci-Díaz, de que tan-
 tos elogios me tiene
 hechos mi tío el pre-
 bendado de Illescas?
 Vengan esos brazos,

que la mano es poco para expresar el contento que me embarga al conocer *de visu* á quien por sólo las oídas tengo como la mayor gloria presente de esta Atenas del saber que tantas produjo ó encerró en su vetusto y admirado recinto en otras ya pasadas edades.

Estas frases, de descompuestos ademanes acompañadas y pronunciadas ellas con voz altisonante y campanuda, decíalas en el recodo de una calleja de las que van á dar junto á los Estudios mayores de la vieja Salamanca, un mozo que, con lo traído de la loba y en lo muy llevado de los manteos, pregonaba ser estudiante, y no por cierto de los albillos ó novatos.

El que las oía, no á la verdad sin asombro, y que con lo amplio y negro de las opalandas y con las barbas no

más cortas ni mejor compuestas que las de un macho cabrío, confesaba su profesión de legista, hubiera querido desentenderse, no de los encomios, pero sí de las impensadas muestras de cariño del estudiantón; mas quieras que nó, hasta que éste le hubo estrujado, y no una vez sola, contra sus mugrientas bayetas, no pudo decirle:

—Confieso, seor bachiller, que si no lo es vuesa merced, por la edad bien pudiera serlo, que no hago memoria, aunque la mía no peca de flaca, de haber en mi vida conocido, no ya á ese señor prebendado, á quien deseo toda suerte de venturas, sinó tampoco á otra persona alguna en Illescas.

—Nada de extraño tiene—se apresuró á replicar el que, aunque sin serlo ni por asomo, no protestó del título de bachiller,—que no fué allí, según tengo entendido, donde estrechos vínculos de juveniles amistades unieron á vuesa merced con el que hoy es, sin agravio de vuestras letras, uno de los más sabios teólogos con que cuenta nuestra patria.

—Mientras no me dé esa merced otros más precisos datos—objetó un poco curioso el leguleyo—sigo y seguiré diciendo que tanto me acuerdo de ese vuestro señor y

Telón corto: cuadro 2.º de «LA REVOLTOSA»



[De Bassano y Amelio.]

doctísimo tío, como del color de los ojos del cura que vertió sobre mí las aguas del bautismo.

—¡Qué datos ni qué berengenas! Como el señor licenciado se digné, si quiera no sea más que por el tiempo de rezar un credo, honrar mi humilde posada, pronto sacará de penas á quien, desde su llegada, no hace otra cosa si no es preguntar por el paradero de usarcé.

—¿Es decir que esa luminaria del saber está en esta ciudad?

—Sólo desde hace algunas horas. A sostener viene, creo que en Irlandeses, unas conclusiones que han de ser famosas, y aunque se prometía no distraer momento hasta poner las últimas apostillas al discurso que se trae estudiado, por bien ganados ha de dar los que gaste en platicar con el que, según su decir, es el más grande de sus amigos y el mayor entendedor de leyes del mundo desde el celebradísimo Baldo de Ubaldis á nuestros días.

Aunque la noche iba cayendo y no solía el licenciado faltar á tales horas de su morada, como avizorado y celoso cancerbero que era de la esposa con que le unió la suerte, y á la que, por ser lo menos en tres partes más moza que él y no menos hermosa que doblón de los de dos caras, tenía más reclusa y vigilada que recoleta, tanto le picó la comezón de conocer al prebendado de Illescas, que hubo al fin de murmurar vencido:

—Como la posada de usarcé esté cerca y allí sea mi estancia breve, guíeme á ella, que no quiero que por mí se consuma de impaciencia tan respetable persona como la de vuestro tío.

II.

Por más que el postizo bachiller asegurara que sólo á dos pasos vivía, no pocas vueltas y revueltas dieron él y su acompañante antes de llegar en una, por cierto sucia y estrecha calleja muy por detrás de Santo Domingo, delante de una casa de las construídas á la malicia que á la legua trascendía á posada de estudiantes y no de las más cumplidoras de las pragmáticas que bajo severas penas prescribían á los patrones el trato que habían de dar á sus pupilos.

No tuvo el guía sino dar un discreto aldabonazo para que tirando desde arriba de una sogá quedara abierto un zaguán en que un farolillo, que daba más tufa que luz, servía como de faro para salvar los peligros de un albañal en que había que aventurarse para tomar puesto

en la desvenclada escalera de pocos peldaños que hasta el primero y tal vez único piso subía.

En él, en vez de la silenciosa estancia en que soñaba el licenciado hallar á su olvidado amigo entregado á los recogimientos del estudio, con lo que se encontró fué con una pieza destartada y polvorienta en la que, agrupados en torno de una mesa una docena de capigorriones, buscaban, no citas y escolios á los textos de Triboniano ó de los Santos Padres, sino pintas y encuentros en una baraja roída de puntas y que no habría quien se atreviera á dar por tan limpia de hechizos que no mereciera las llamas del Santo Tribunal de la Fe.

Tal fué el asombro del bueno de Garcí-Díaz que, embobecido en la contemplación de tan extraño cuadro como el que ante los ojos tenía, no reparó siquiera en que su acompañante, á quien parecía esperar con impaciencia un mozo de no mala apostura y que, en vez de las bayetas de los otros estudiantes, vestía un mediano traje de rúa con su completo de espada y daga, dijo á este al paso y en voz muy baja:

—Ya tiene vuestra señoría la noche por saya, que yo le fío que el pájaro no podrá piar fuera de la jaula antes de que el sol alumbre.

Y sin dejar que el licenciado viera que el mozalbete salía de la estancia con tanta prisa como regocijo, se encaró con el que entre manos se traía los fermentidos naipes llevando el juego, para gritarle:

—Ensanche vuestra reverencia, mi señor tío, el pecho, que aquí le traigo la persona por que tanto suspiró.

Pero el aludido, que si por los años bien pudiera gozar, no se digan prebendas, sino hasta arzobispados, no tenía rostro de haber alcanzado otras órdenes que las de archiductor de truanes y preto-nuncio de picaros, más atento que á la visita á descubrir no sé qué *humillo* que le hiciera defender los pocos reales de á cuatro que sobre la mesa quedaban, sin separar los codiciosos ojos de las cartas, ni tocar siquiera el ratonado bonete que le tapaba el sitio donde debió estar la tonsura, apenas respondió:

—Perdone mi excelente amigo un breve trecho, que alguna holgura se ha de dar á quien se sorbe las noches quemándose las cejas sobre los infolios.

Y como se pusiera á cantar una *quinteta* buscada tan á puras flores que no pudo menos de excitar las protestas del docto senado, de mal talante rargó el licenciado á su guía que se le dejara salir para volver, según dijo, en ocasión menos ocupada para el docto teólogo.

Reproducción de un telón corto



(De Bussato y Amalío).

III.

Más saliva que hubiera este gastado en las famosas conclusiones empleó el estudiantón queriendo convencer á Garcí-Díaz de que en nada podía entretener mejor el tiempo que en aventurar, siquiera sólo fuese una blanca, en aquel que no era sino honesto solaz é inocentísimo esparcimiento, ajeno de toda malicia. Pero tan en vano gastó su mucha facundia, que de puro amostazado y mohino el legulillo se hubiese salido con la suya de dejar tan honrada compañía, si algo no esperado no hubiese venido á echar por el suelo su juicioso propósito.

Fué ello que cuando más enfoscados se hallaban todos en la espera de una pinta que á decidir venía uno de los más sañudos encuentros, un mozueto que á tiro de arcabuz trascendía á *trainel*, se entró en la sala de rondón jadeante y azorado y con voz que no dejaba lugar á demora, gritó:

—A afumar tocan, que siguiéndome los pasos viene un buen golpe de corchetes mandados por el alguacil de más corrompida entraña de cuantos tiene á sus órdenes el señor juez de estudios.

Oír tales palabras y tomar todo bicho viviente soleta, no se pudo saber nunca por dónde, fué obra de tan pocos momentos, que cuando el leguleyo volvió la vista ni rastro de persona humana halló en la pieza. Es decir, sí halló y más le valiera no haberlo hallado. Cuando quiso recordar se vió cogido por cinco ó seis porquerones que, armados de sus varas, le bajaban á empellones por la escalera, jurándole que él había de pagar por todos los que con tal descaro hollaban los bandos que prohibían á los estudiantes, no sólo jugar, sino hasta reunirse más de tres en una posada que no fuera la suya después del toque de oraciones.

IV.

Eso sí, gracias no á su bolsa, que con esta no pudo dar el licenciado después del suceso, pero sí por intervención de un anillo que se sacó del dedo y de cierto vale de unos ducados que firmó para cegar á los corchetes, no durmió aquella noche en la cárcel.

Pero como entretenido en las largas negociaciones que se entablaron en una taberna, entre sorbo y sorbo de

lo caro, tampoco pudo volver á su hogar hasta que ya el sol asomaba su rubicunda faz por las puertas del Oriente, azorado y mohino regresó Garcí-Díaz á los brazos de su castísima esposa, no sabiendo de qué modo podría, dejando su respetabilidad á salvo, darla razón de aquella inusitada y larguísima tardanza.

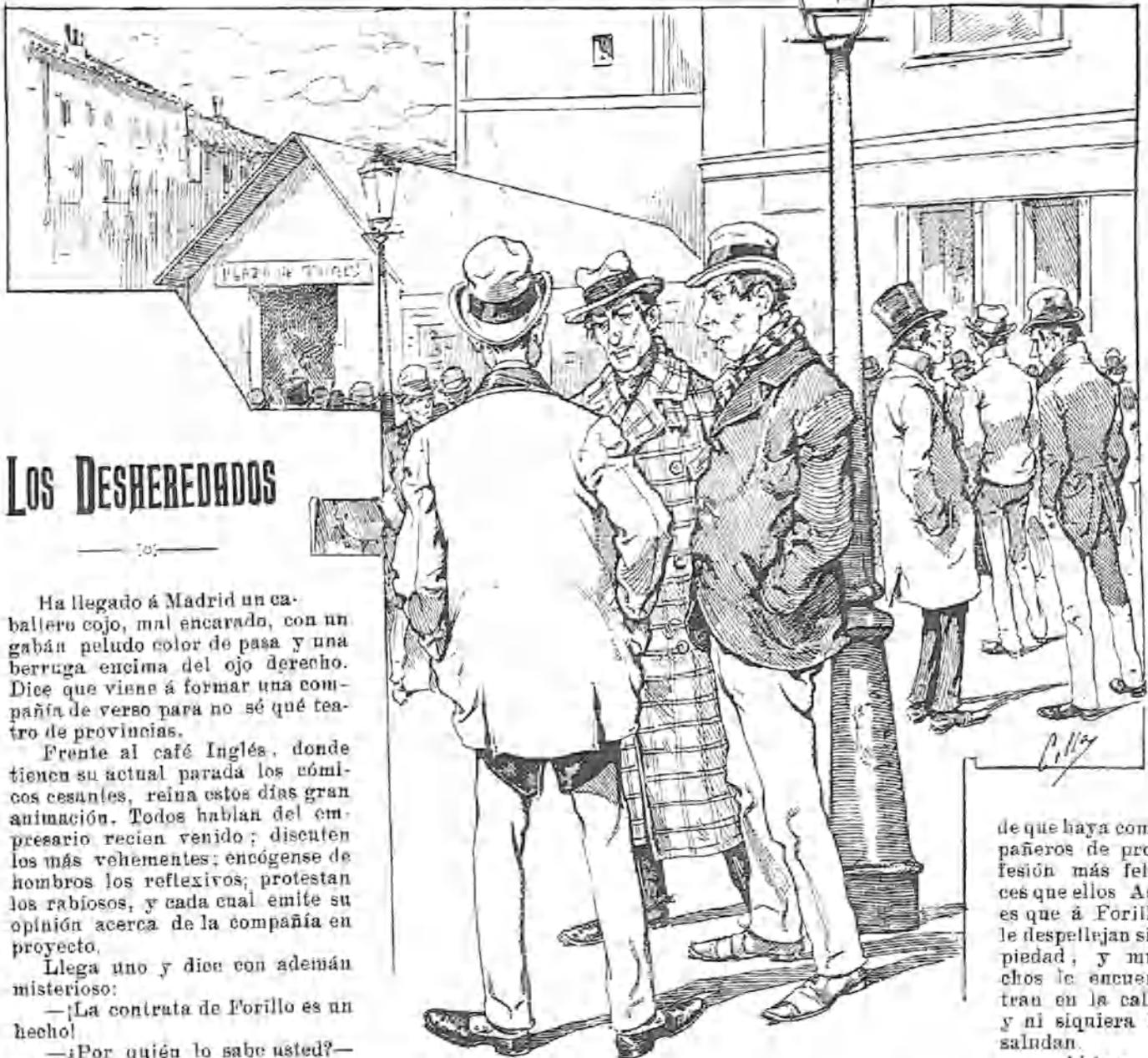
Mas ni que entrar en explicaciones tuvo. Deshecha en llanto, mitad amargo por la intranquilidad pasada, mitad dulcísimo por ver sano y salvo al que imaginó perdido para siempre, la joven y honesta dama no quiso escuchar ni una sola frase, consagrada por entero á estrechar contra su corazón á su por dicha recobrado esposo.

Cosa que tampoco fué mala suerte para éste. Como que de no haberle cegado aquellos amorosos trasportes, tal vez no hubiera dejado tiempo á que la redomada moza del vidrio, que en más de lo que él sospechaba servía á su tierna esposa, sacara de la estancia un ferreruelo y una daga, no por cierto de la propiedad del licenciado, y que por arte del diablo se quedaron olvidados en un sitial.

Y claro está que si Garcí-Díaz hubiera visto aquellas prendas, no hubiera sido la pérdida de la bolsa, del anillo y de una noche de apacible sueño, lo que hubiera en primer término lamentado.



Angel R.
Chaves



LOS DESHEREDADOS

Ha llegado á Madrid un caballero cojo, mal encarado, con un gabán peludo color de pasa y una berruga encima del ojo derecho. Dice que viene á formar una compañía de verso para no sé qué teatro de provincias.

Frente al café Inglés, donde tienen su actual parada los cómicos cesantes, reina estos días gran animación. Todos hablan del empresario recién venido; discuten los más vehementes; encógense de hombros los reflexivos; protestan los rabiosos, y cada cual emite su opinión acerca de la compañía en proyecto.

Llega uno y dice con ademán misterioso:

—¡La contrata de Forillo es un hecho!

—¿Por quién lo sabe usted?— pregunta otro con ansiedad manifiesta

—Por la dueña de la casa de huéspedes donde para el empresario: Sombrerete, 32, tercero, segunda escalera, cuarto número 8.

—¡Forillo contratado!—ruje un actor de muy mal carácter, tuerto él á consecuencia de un patatazo recibido en el teatro de Gerona cuando era joven.

—No me extraña, —añade otro.—Forillo es un adulador muy grande, que en cuanto supo que había llegado el empresario, se le metió en casa y le estuvo limpiando la ropa con bencina y se le ofreció para hacerle todos los recados.

—Forillo no tiene dignidad—vuelve á decir el tuerto, golpeando las baldosas de la calle con la contera del bastón.

—Y después de todo, es un actor amanerado.

—Y feo.

—Y sucio. Tiene los dientes llenos de verdín.

—Y con un olor en la nariz que no se puede aguantar. ¿Sabe usted por quien lo sé? Por la Cabestro, la dama joven que hizo con él *Los Amantes* y no pudo decir el «aparlamento» del segundo acto á causa de aquella peste.

—¿Digame usted á mí quién es Forillo?... Yo le tuve en Illescas de segundo galán, y sé como huele: para salir á escena en *El hombre de mundo* le presté un hongo claro, y no me lo ha devuelto todavía. ¡Valiente granuja!

Los cómicos sin contrata no pueden soportar la idea

de que haya compañeros de profesión más felices que ellos. Así es que á Forillo le despellejan sin piedad, y muchos le encuentran en la calle y ni siquiera le saludan.

—¡Ahí va ese bruto!— dicen pa-

ra sí.—Cómo está el teatro! Contratar á ese hombre que tiene frenillo y pronuncia las zetas con la nariz, y verme yo parado desde Octubre!.... Yo, que apenas trato al empresario cojo, he recibido, sin embargo, varias visitas, y todas con el mismo fin.

—Vengo á molestar á usted, porque me han dicho que está usted en relaciones con D. Cipriano, el que viene á formar compañía. Sé que *necesita* un barba barato y decente, y aunque me esté mal en decirlo, puedo llenar mi puesto como pocos, y lo mismo le hago un drama de época que una comedia de costumbres, que un arroz á la valenciana; porque además de actor, soy de Valencia, y mi madre tuvo casa de comidas en el Cabañal.

—El caso es que no conozco á D. Cipriano.

—¿Cómo que no, si le he visto á usted con él en la cervecería ibérica y estaban ustedes fumando juntos?

—Bueno, pues aunque así sea, no tengo confianza para hacerle recomendaciones.

—¿Y al empresario de Esclava? ¿le conoce usted?

—Tampoco.

—¡Caramba! El caso es que la nueva empresa *necesita* un barba, según me dijeron *antijer* en las Ventas, que fui á por un poco de longaniza para mi casa y se habló de teatros.

Lo que más me molestó es la visita de la madre de una actriz, que quiere trabajar á toda costa y va á mi casa precisamente cuando almuerzo.

—¿Está D. Luis?
—Está almorzando.
—No importa: dígame usted que está aquí la madre de la Bandullez.

Y se *cuela* detrás de la criada.

—Que aproveche... ¡Ay, don Luis, yo no descanso hasta ver á mi niña contratada; porque verá usted: ella tiene un novio de muy malos sentimientos, que nos conoció en Rius, en una función de beneficio, y siempre la está dando disgustos, y aún anoche la mordió en un dedo, porque ella no quiso darle su retrato. Yo lo que deseo es llevármela á provincias, para que él se quede aquí desesperado... Mañana voy á traerle á usted la niña, que hoy no ha podido venir, porque no tiene botas. Estamos muy mal, don Luis, muy mal. Yo me quedé sin nada por ser demasiado buena; verá usted cómo ha sido: estábamos en una portería de la calle de Jorge Juan, y le pidió relaciones á la niña un *huésped* del cuarto tercero y *nosotras* le dijimos que sí, porque parecía muy buena persona, pero luego resultó capellán de un regimiento, lo cual que se enteró la casera, que es de la asociación de *Madres de familia*, y nos echó á la calle. Entonces fui y metí á la niña en el Conservatorio, donde lleva tres meses y es la discípula *predileta* de la Lomía. Hoy, la juventud no tiene más porvenir que el teatro, y si no, ahí tiene usted á la Boliche que está de dama *patrona* en Buenos Aires.

—Dama *matrona*, querrá usted decir.
—No, señor, *patrona*; porque además de la declamación, se dedica á tener huéspedes, con asistencia y sin ella...

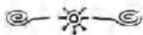
A mí me trae loco la madre de la Bandullez; pero mi desgracia es insignificante al lado de la que experimentan los pobres cómicos que viven *parados* todo el año en la calle de Sevilla.



Luis Taboada

RETRATO

INTERESANTE



Después de pasado mucho tiempo sin ver á Sofia, á la que quise yo un día cual quiere la trucha al truchón, por lo mucho que valía, ella, que hoy vive en Chinchón, con la mejor intención y sin pizca de recato me remitió su retrato

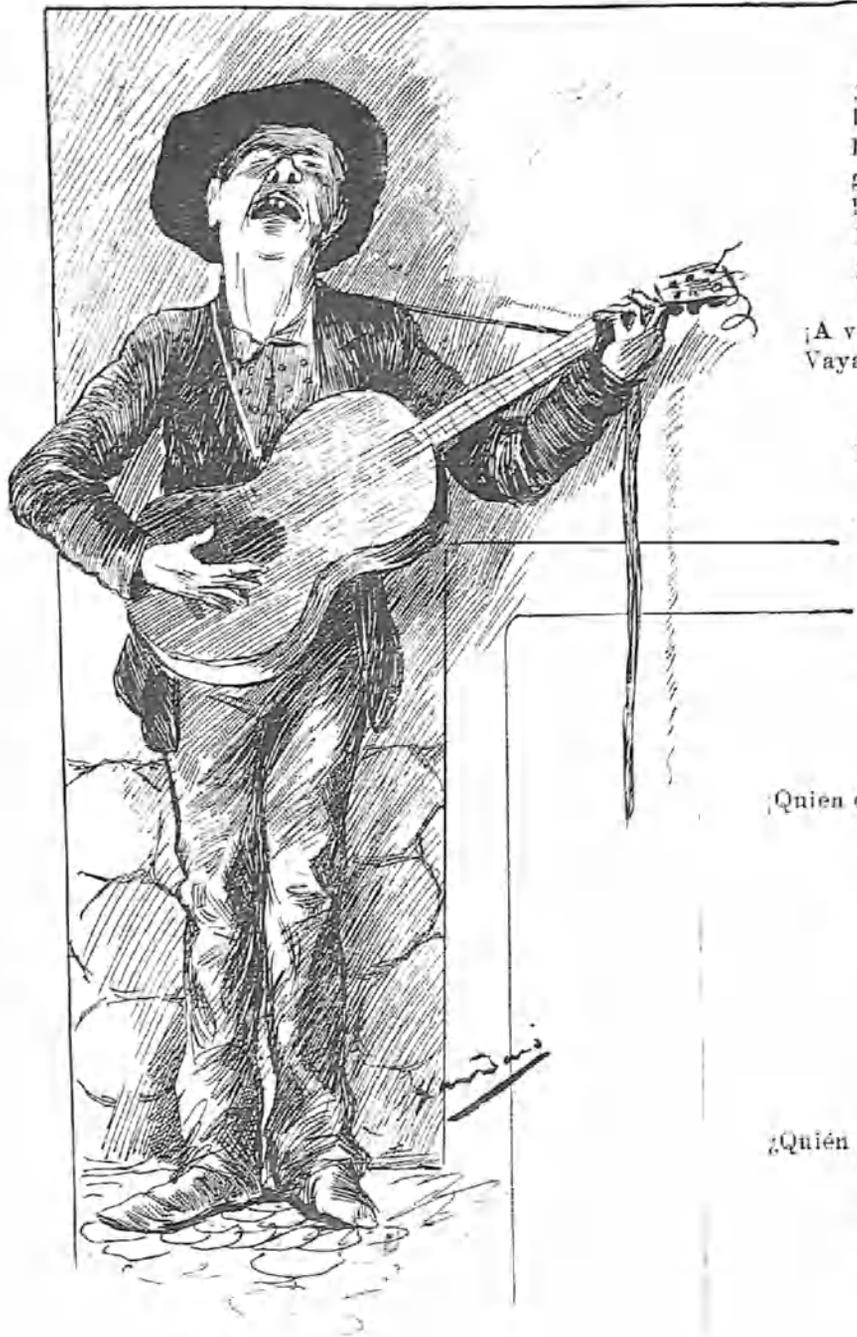
para darme un alegrón
„Con qué interés recibí aquella fotografía!
¡Y cómo me entristecí ante las huellas que ví de los años en Sofia!
Mirándola contrariado yo exclamaba:—„Cristo ama-

ni tiene moño, ni más que nueve pelos ó diez! En fin, cuando yo creí que me iba á volver demente por la impresión que sentí, desde Chinchón hasta mí! llegó la carta siguiente: „Te pido, mi Juan querido, perdón por lo sucedido; pues te envié el otro día un pliego *manuscrito* con una fotografía, y por equivocación cuando llegó la ocasión en lugar de mi retrato te mandé el de don Torcato que es el cura de Chinchón.“
Con esto me consolé y el retrato devolví; ¡mas no me perdonaré lo mucho que le besé desde que le recibí!

¡Si lo veo y no lo creo!
„Cómo su rostro ha pasado de ser bonito á ser feo?
Mi Sofia idolatrada continuará siendo buena; pero está desfigurada y el verla tan aviejada me da muchísima pena. Sus ojos son de lechuga, y ahora semeja una alcuza su nariz que era excelente y hasta parece su frente media libra de merluza. Igual que todas las viejas en su cara tiene muchas arrugas y pocas cejas y se han puesto sus orejas lo mismo que dos babuchas.
¡Si hasta su cabeza, en vez de ostentar la esplendidez que ostentó tiempos atrás,



Juan Torcato



¡LANDE EL MOVIMIENTO!

¿Quién pide otra? A cinco céntimos el romance nuevo de las grandezas de *Chibatón en la selva encantada!*

Padres los que teneis hijos,
tomad de este caso ejemplo,
que este fué un hombre sonado,
miedo y terror de los negros,
famoso por las patillas,
célebre por los degüellos,
primo del gran Duque de Alba,
sobrino de Luis Onceno,
pariente de Calomarde,
inquisidor de estos tiempos,
popular por las bufandas
y las alas del sombrero...!

Y así sigue, que no lo voy á decir tóo!

¿Quién quiere el romance de las mujeres, que tanto gusto dá? Mil quinientas mujeres doy por un cuarto!

Las *Marias* son muy frías
y las comedias maltratan:
las *Emilias*, escritoras,
las *Isabelas*, chulapas:
guapetonas las *Joaquínas*;
las *Ecangelinas*, malas!
las *Concepciones*... Jimenos!
y las *Cármenes*, no pagan!

¡A ver, quién lo quiere!
Vayan ahora las nuevas coplas políticas de mola:

Espartero le dijo á la Reina
hija mía de mi corazón...

digo no, que estas son las antiguas

Don Francisco le dijo al Gobierno
hijo mío de mi corazón,
si no tienes bastantes disgustos
te daremos la gran desazón!

* * *

¿Quién quiere las coplas del *hongo!*

—Déjeme pasar!

—Me opongo!

—Mira que te meto mano!

—Paco, atrás! ¿Quién vive?

—El hongo
de don Valeriano!!

* * *

¿Quién pide los villancicos de este año?

¡Carrasclás qué niño tan listo!
¡Carrasclás que gordito está!
¡Carrasclás los bultos que trae!!!
¡Carrasclás carrasclás carrasclás!

¡Carrasclás, Romero y Silvela!
¡Carrasclás, Casasola y Sanz!
¡Carrasclás otra vez Borrero!
¡Carrasclás carrasclás carrasclás!

Carrasclás—que esto ya es un lío
carrasclás—tan fenomenal,
carrasclás—que ni Dios lo entiende!
carrasclás! carrasclás! carrasclás!



Ricardo Blasco

VICTORIA AMARGA

PÁGINAS MODERNAS

I.

Al verse sola en el mundo,
aunque su tristeza es mucha,
Ana, con valor profundo
se apresta para la lucha.
Mujer virtuosa y fuerte,
ni duda ni se acobarda
por más que todo la advierte
del peligro que la aguarda,
en el camión cruel
que ella emprende, decidida
á echar en las zarzas de él
antes que la honra, la vida.
¡Alma grande y caudorosa
pone, con castos empeños
vidrios de color de rosa
ante sus sencillos sueños;
y, alegre en su ingenuidad
no experimenta terror
al ver que la realidad
cambia el vidrio de color!

II.

Algún tiempo después, Ana,
conoció que la hermosura,
que tal vez pensara ufana
á otra mujer menos pura,
era una carga tremenda
para conseguir vencer
en la espantosa contienda
del mundo y de su deber.
Y aunque ella, firme en su puesto
la tentación resistía
y con desdén manifiesto
las lisonjas recibía,
repetíanse éstas tanto
que á la infeliz criatura
llegó á producirla espanto
el poder de su hermosura.
Y, al cabo, pensó con pena
en la mujer, inaudita:
— Señor, si me hiciste buena
para qué hacerme bonita?..

III.

Mas, pronto logró su anhelo,
porque enfermedad traidora
dejó en su rostro de cielo
su huella devastadora:
y los amantes rendidos
que ha poco la cortejaban,
ahora, al verla, entristecidos
de su paso se apartaban.
Y ya, ninguno la acosa,
pues no hay hombre que la vea
que en vez de decir: — ¡Qué hermosa!
no diga, al huir: — ¡Qué fea!
Y Ana consiguió triunfar
en la empeñada partida
en la que juró dejar
antes que la honra, la vida.

IV.

Y aquella mujer tan fuerte
que sólo pensó en ser pura...
se lamenta de la suerte
que la robó su hermosura:
y sufre de tal manera
con el triunfo conseguido
que por ser lo que antes... ¡diera
la gloria de haber vencido!..



EL MENTIDERO, por Nonell.

Luis de las Heras

SUMARIO

SAN ANTONIO

SUMARIO

TEXTO: Santoral. — Antes de empezar, por L. Ruiz de Velasco. — Reflexiones sueltas, por Eduardo de Lustonó. — Cantares, por J. Alcaide de Zafra. — El Almanaque de pared, por Miguel Ramos Carrión. — Un crimen, por Jacinto Octavio Picón. — La adulación, por Vital Aza. — Año nuevo, por R. de la Vega. — Los cacharros, por Melitón González. — El Cristo de la Vega... de Ribadeo, por Clarín. — La señorita de Bazán, por Tomás Carretero. — Nueva primavera, por Mannel de Sandoval. — María Guerrero, por Sinesio Delgado. — Los zapatos viejos, por Tomás Luceño. — La cabeza de Voltaire, por José Zahónero. — El arte dramático, por Eduardo de Palacio. — Sarah Bernhardt, por Salvador Rueda. — A estudiar á Salamanca, por Angel R. Chaves. — Los desheredados, por Luis Taboada. — Retrato interesante, por Juan Pérez Zúñiga. — ¡Ande el movimiento! por Eusebio Blasco. — Victoria amarga, por Luis de Ansorena.



Escultura en piedra, por A. Coll y Pi

GRABADOS. Cubierta, por Cilla. — Santoral, por Pahissa. — Reflexiones sueltas, por Mir. — Cantares, por C. Lezcano. — Un crimen, por Cabrinetty. — «El retrato del héroe», cuadro de Ant.º Coll. — La caza de maridos (seis viñetas), por Xaudaró. — Los cacharros (dos viñetas), por Melitón González. — Baile de trajes (cuadro al óleo), por Luis Sainz. — El Cristo de la Vega... de Ribadeo, por Pujol Hermann. — La señorita de Bazán, por Gomez Torres. — ¡Oh, la moda! (seis viñetas), por Cilla. — Nueva primavera, por Bonfín. — Un chéio de recursos (tres viñetas), por Gascón. — La cabeza de Voltaire, por Pujol Hermann. — La estética en imágenes, (tres viñetas), por Apeles Mestres. — El arte dramático, por Navarrete. — Sarah Bernhardt, por Bonfín. — A estudiar á Salamanca, por Xumetra. — Reproducción de dos telones de los Sres. Busato y Amalio. — Los desheredados, por Cilla. — Retrato interesante, por Pujol Hermann. — ¡Ande el movimiento! por Xaudaró. — «El mentidero», por Novell. — San Antonio, escultura en piedra, por A. Coll y Pi.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO FESTIVO ILUSTRADO

La nueva empresa del **Madrid Cómico** como verán nuestros lectores por el presente número Almanaque, se propone, sin que por esto pierda su genuino carácter festivo, introducir grandes reformas, contando para ello con la antigua redacción de dicho periódico, mas nuevos y valiosos elementos.

Los mejores literatos y artistas españoles colaborarán asiduamente en «**Madrid Cómico**»

Precio del número 20 céntimos. Constará de 16 á 24 páginas de texto

La **Redacción, Administración é Imprenta** se han trasladado á la calle **San Hermenegildo, n.º 32 duplicado**

El **Madrid Cómico** con el fin de poder alcanzar en su parte material la mayor perfección posible, ha montado una **imprenta** con todos los adelantos tipográficos modernos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.	250 pesetas.
año.	9
Provincias y Portugal: trimestre.	3
año.	11
Ultramar y extranjero: trimestre.	5
año.	17

Las suscripciones empiezan en el primer número de cada mes. Pago adelantado en sellos de correo, libranzas ó letras de fácil cobro.

SECCION DE ANUNCIOS

Solicítense tarifas de precios.

Dirigir la correspondencia al Administrador D. Pedro Ortega, San Hermenegildo, n.º 32 duplicado